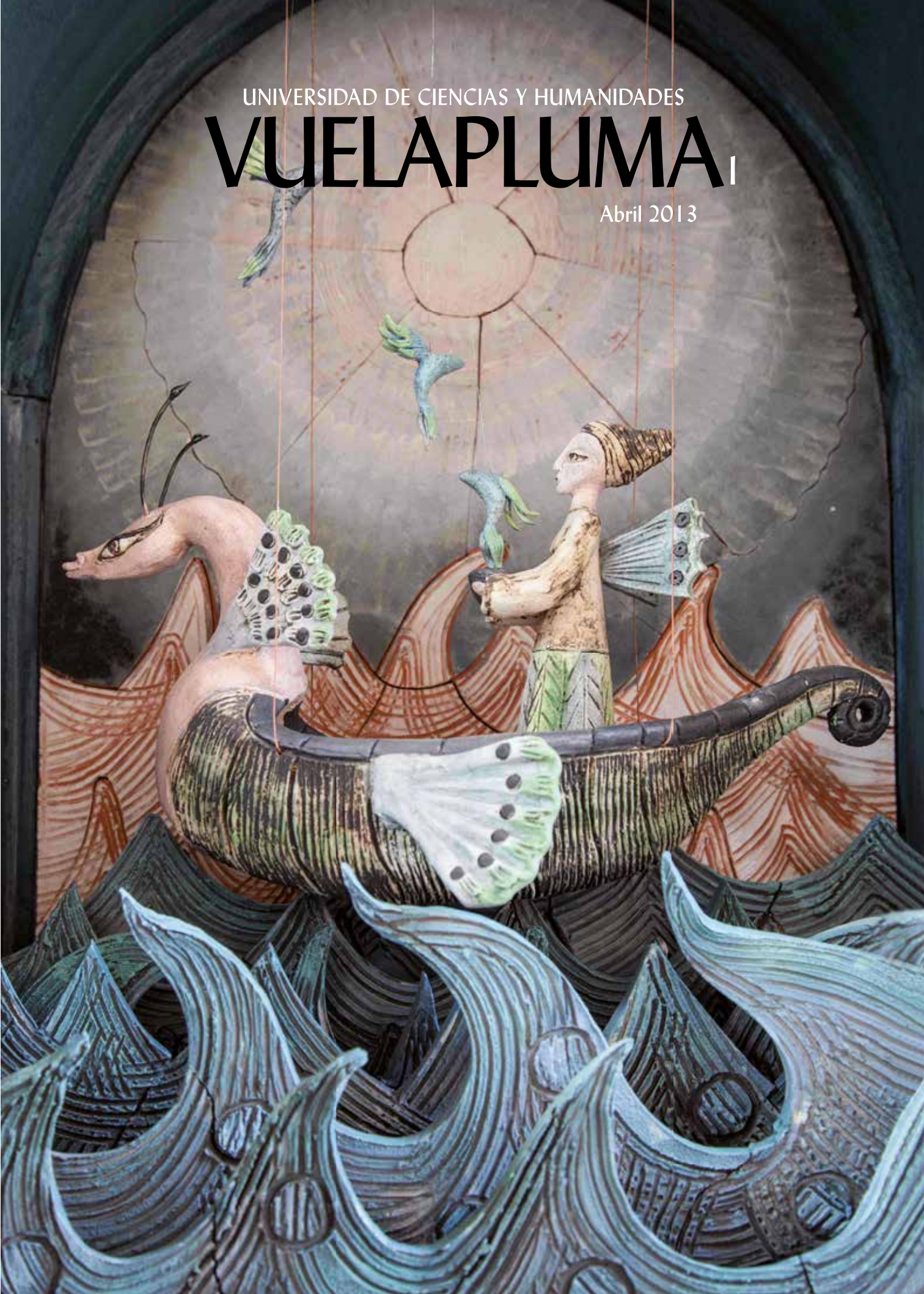


UNIVERSIDAD DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

VUELAPLUMA

Abril 2013



VUELAPLUMA

Revista Cultural

Año 1, N.º 1. Abril, 2013

Dirección

Arturo Corcuera

Diseño

Lorenzo Osores

Fotos de portada y contraportada:

Daniel Lagares

 **UCH**
Universidad de Ciencias
y Humanidades

Rector

César Ángeles Caballero

Vicerrector Académico

Milciades Hidalgo Cabrera

Gerente General

Carlos Campomanes Bravo

© **Asociación Civil Universidad de Ciencias y Humanidades**

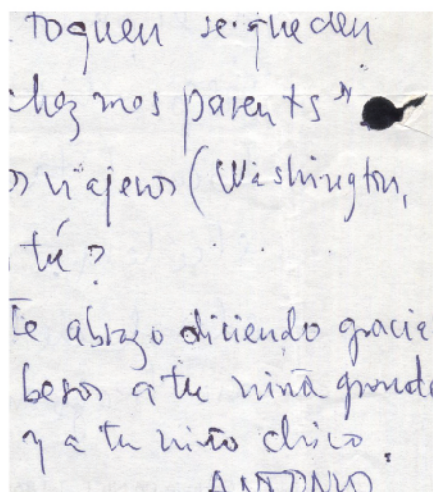
República de Chile 295 Of. 503 - Lima - Perú. Teléfono: 3300092

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2013-05383

Se imprimió en los talleres gráficos de la Asociación Fondo de Investigadores y Editores - AFINED. Calle Las Herramientas 1873, Lima - Perú. Teléfono: 336-5889



Poesía, una historia de locos 2



Homenaje al poeta Antonio Cisneros 6



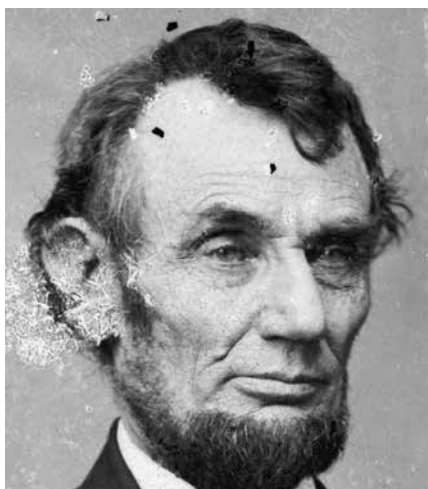
El triunfo de la belleza 28

El nacimiento de una revista es siempre motivo de celebración, más aún si intenta reflejar la imagen de una universidad joven, de alma matinal, que se prepara a festejar sus seis años.

Recordadas son las revistas que dejaron en el cielo limeño una estela luminosa. VUELAPLUMA sueña ser una de ellas. Que el lector sienta, mientras abre sus finas alas, el halo sutil de las estrellas.

Dedicamos este primer número a Antonio Cisneros, uno de los poetas más reconocidos de Hispanoamérica.

El director



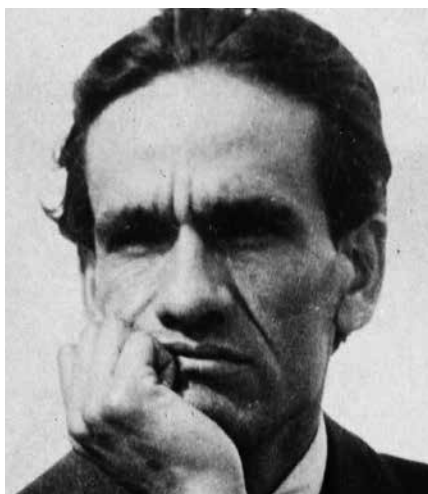
Abraham Lincoln en el cine 38



Aquí yacen dragones 44



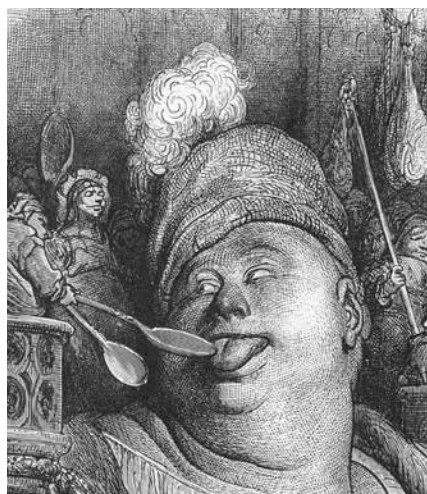
Las universidades de tercera generación 48



La muerte de Vallejo 54



Recuerdos de Jesús Urbano 58



Los talismanes del humor 62

POESÍA, UNA HISTORIA DE LOCOS

Antonio Cisneros

A pesar del invierno, recuerdo aquellos días con el cielo siempre azul, el sol redondo y un fuerte olor a mar limpio, fresco y sin aguaje. Mi primer librito, *Destierro*, recién salido de la imprenta de mano del poeta Javier Sologuren, era cosa mejor que un buen verano. Creo que entonces ya no tenía espacio para más felicidad.

Fue en el año 1961.

Meses antes aparecieron, en la misma serie, *El río* de Javier Heraud y *Orilla* de Lucho Hernández. Todo el parnaso juvenil, en suma.

La *plaquette*, de trescientos ejemplares en color salmonado, me dejó como saldo un pan con chicharrón, dos empanadas de Solari, una coca-cola y, sobre todo, la desvergüenza necesaria para seguir publicando poesía.

Destierro tuvo una sola reseña, firmada por mi amigo Julio Ortega, en el diario *La Tribuna*. Diario semiclandestino, no por avatares de la política, sino por su modesta circulación.

Así y todo, durante una semana, en mis interminables caminatas por el jirón Camaná y los alrededores de la plaza Francia, me acompañó la sensación inminente de ser reconocido por las masas, mis lectores, felicitado, requerido para un autógrafo o, tal vez, alguna consulta sobre un verso oscuro pero intenso. Nada de esto ocurrió.

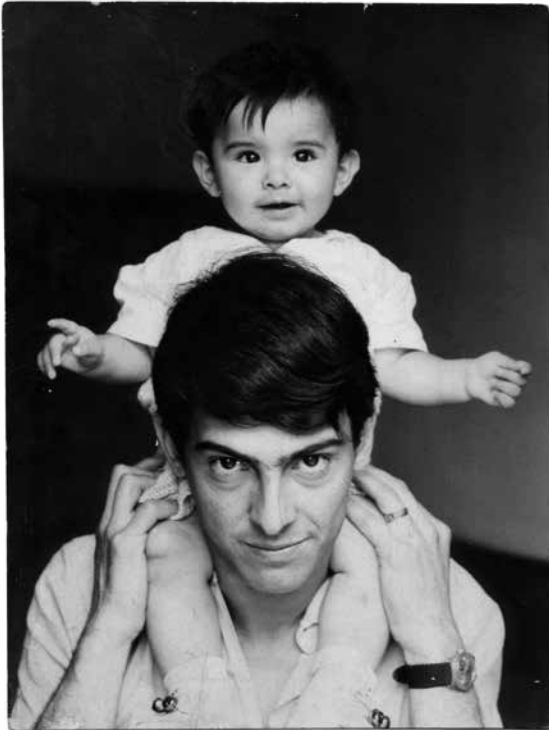
Una vez (aún tiemblo de emoción) sorprendí a un estudiante hojeando, pre-

suroso, mi ópera magna entre los anaqueles de la librería Studium. Lo seguí con los ojos, la respiración entrecortada, traté de acercarme, decirle que yo era el autor. Vanos deseos. Dejó el libro, como quien abandona una revista vieja en la antesala del dentista, y se enfrascó satisfecho en el primer capítulo de la *Lolita* de Nabokov.

Al año siguiente, también en la maravillosa minerva de Sologuren, apareció *David*. A diferencia de *Destierro* (pleitos literarios entre el mar y la ciudad), este fue un librito más logrado. En todo caso, me acercaba al ideal del escritor: decir lo que se quiere y no, simplemente, lo que se puede.

La historia del rey bíblico, contada desde la perspectiva del común. Una mezcla de lenguajes antiguos y modernos, cierta ironía, al servicio de la desmitificación. De algún modo David fue perdonado porque era rey y su espiritualidad no superaba los límites del deseo por la rolliza Betsabé. Elemental, reconozco, pero (como dicen) bien sentido.

Es un poemario que quiero y, hasta ahora, me gusta. En su momento fue recibido con beneplácito por diversas publicaciones. Inclusive, Luis Alberto Ratto y José Miguel Oviedo, manes y lares del periodismo cultural de los años sesenta, tuvieron una polémica en tres *rounds* en las páginas de *El Dominical*. No tanto a causa de David, es verdad, aunque el libri-



to fue el pretexto para un ajuste de cuentas literarias, algún lío de pelos y pelajes que no recuerdo más.

Fui, por entonces, una «joven promesa que apunta y se perfila». Nombrado en los recuentos de fin de año, presente en los recitales de la Católica y San Marcos y, de refilón, en los mítines políticos contra el segundo Gobierno de Manuel Prado. Ni envidioso ni envidiado, según el ideal de Fray Luis, me sentía querido por mis compañeros, mi barrio y la plena humanidad.

En el 64 publiqué *Comentarios reales*, que, al año siguiente, ganó el premio nacional con el voto en contra de una doctora (cuyo nombre sí recuerdo) ofendida por las blasfemias, reales o supuestas, del poemario en cuestión.

Sus dos ediciones de dos mil ejemplares cada una me colocaron, inevitablemente, en la palestra. En la picota también, pues pronto comprendí que las jóvenes promesas premiadas, fotografiadas y entrevista-

das, pierden poco a poco ese amor que la patria de las letras concede, en exclusiva, al dulce anonimato.

Comentarios reales es un libro al que, francamente, no le guardo demasiado aprecio. Sin embargo es una de mis obras más recordadas, citadas y, eventualmente, festejadas por el lector.

Mi desgano ante sus páginas se debe a la excesiva pretensión. La cosa era meter toda la historia del Perú, desde los chamanes de Pachacámac hasta el asesinato de Javier Heraud, en un volumen. Pasando, claro está, por las barbas de los conquistadores, los esclavos, los obispos, los siervos y Túpac Amaru con los cuatro caballos descuartizadores.

En cualquier caso, fue un intento de revisar la historia burguesa, tradicional, desde la poesía. Poesía, que es también, al fin y al cabo, una forma de conocimiento.

A los 22 años me estrené como profesor en la Universidad de Huamanga. Tiempo de guerrillas, tunas y cabras. Comprendí la desolación y la riqueza del universo andino que, hasta entonces, había sido tan sólo el viaje en tren a la feria de Huancayo.

El primero de mayo del 66 nació mi hijo Diego, día que se honra y celebra en todas las naciones del planeta. Poco después, comenzaron los viajes de Simbad el marino. Y en el 67, me hallaba instalado en Londres como vecino de Earls Court. En medio del laberinto de los Beatles y los Rolling Stones, los hippies, las minifaldas, la hierba, las campanitas y unas terribles ganas de ser adolescente con años de retraso.

Ese otoño y ese invierno escribí los poemas de *Canto ceremonial contra un oso hormiguero*. La estufa casi siempre malograda y yo enfundado en un abrigo viejo y peludo dentro de la casa. Apenas si sacaba

una mano del bolsillo para escribir un verso y ahí mismo la guardaba. En verdad fui feliz.

Mi mantención la aseguraba alternando el oficio de lavaplatos y el de asistente en la universidad (a la larga, como ahora). Tenía un alma de esponja, siempre presta al deslumbramiento. Aprendí muchas cosas. Entre otras, que la tristeza no se resuelve con un plan quinquenal.

Canto ceremonial contra un oso hormiguero fue premiado por la Casa de las Américas de La Habana en el 68. El galardón poético, del idioma, más cotizado por aquel entonces. Eso me dio cierta fama, algún dinero, traducciones, reediciones, unos cuantos fans y una apreciable tribu de envidiosos.

Los poemas del libro estaban llenos de vida vivida. Por eso el uso de largos versículos que se enredan en las páginas como serpiente. Necesitaba un espacio donde se reunieran los datos del alma y del cuerpo. El hígado, el corazón y la cabeza. La historia doméstica, la historia de la colectividad. Creo que en buena medida lo logré. El lenguaje se bamboleaba entre la solemnidad y la jerga, en medio de un optimismo socarrón. Así transcurrían mis días en la vida real.

Pasados los años, harto ya de las islas al norte del Canal, conseguí un trabajo en la Universidad de Niza, ciudad mediterránea, misma postal, en la frontera con Italia.

Épocas de soledad, bohemia y descabro. Me convertí en experto en hospitales y aprendí francés. *Como higuera en un campo de golf* es el testimonio de mis quejas, de mi poquita fe. Libro que quiero con la ternura y compasión debida a un hijo enfermo.

En *Agua que no has de beber*, publicado en Barcelona un año antes, hay un solo poema rescatable: *Para hacer el amor*, cuya

lectura en los recitales nunca tiene pierde.

El libro de Dios y de los húngaros tiene que ver con los años que viví en Budapest (74 y 75). Cantos del nuevo y gran amor correspondido (que aún perdura), del nacimiento de mi hija Soledad, del reencontro fulminante con el Señor.

A diferencia de mis otras obras y con la sola salvedad del poema de la reconversión, *Domingo en Santa Cristina de Budapest y frutería al lado*, ese libro no fue escrito in situ. Un par de años más tarde, en la nublada Lima, me dediqué a desenterrar de una caja de zapatos esa infinidad de apuntes en cajetillas, esquemas, imágenes sueltas, notas ilegibles, mendrugos, guñapos para reconstruir (o más bien construir) *El libro de Dios*, que nunca sabré cómo pudo ser de haber sido escrito en su momento y en su lugar.

En el 78 gané la codiciada beca John Simon Guggenheim. Una de las escasas ocasiones donde un pobre poeta puede vivir (algunos meses) como novelista del *boom*. Y decidí viajar a la dorada California. Cosa que no fue tan fácil. Porque, en principio, los peruanos son ante la inmigración norteamericana, aventureros indeseables y narcotraficantes del montón (y, sospecho que, hasta comunistas).

Luego de un par de escaramuzas en el consulado del país del norte, obtuve mi visa oleada y sacramentada. Aparte de un paso de veinticuatro horas por Nueva York, jamás había sentado mis reales en los Estados Unidos. Y arribé cargado de ansiedades y una perversa fascinación por Disneylandia. Así, entre las colinas de Berkeley y la dulce ciudad de San Francisco, pasé más de medio año. Amén de varias incursiones a Nueva York, Oregón y Arizona.

Tal como ocurre con el París monumental, cada uno de los innumerables países que forman los Estados Unidos es

un calco impecable de su correspondiente tarjeta postal. De modo que todos los instantes se tornan en una suerte de *déjà vu* y la única sorpresa (mayúscula, es verdad) fue descubrir que me hallaba a mis anchas, devorador entusiasta de hamburguesas, mismo personaje de las series de TV aprendidas desde mi tierna infancia. Escribí poco y dormí bien, como las buenas almas.

Crónica del Niño Jesús de Chilca (81) fue el intento de escribir la historia de una comunidad costeña hundiéndose en el tiempo. Allí incorporo las voces colectivas y ajenas como propias, y las memorias del compadre difunto, don Fortunato Rueda. El amor de Dios y de los pobres entre el mar y el arenal. Año del nacimiento de mi hija Alejandra.

Pasé el 85 bajo los altos techos de una vieja casona de Berlín. Contra mis pronós-

ticos (y prejuicios) bien amé los inviernos en la antigua y delirante capital de Prusia. Y estuve en paz. A pesar de los perros. Intocables como las vacas en la India, pero soberbios y peludos como el sol.

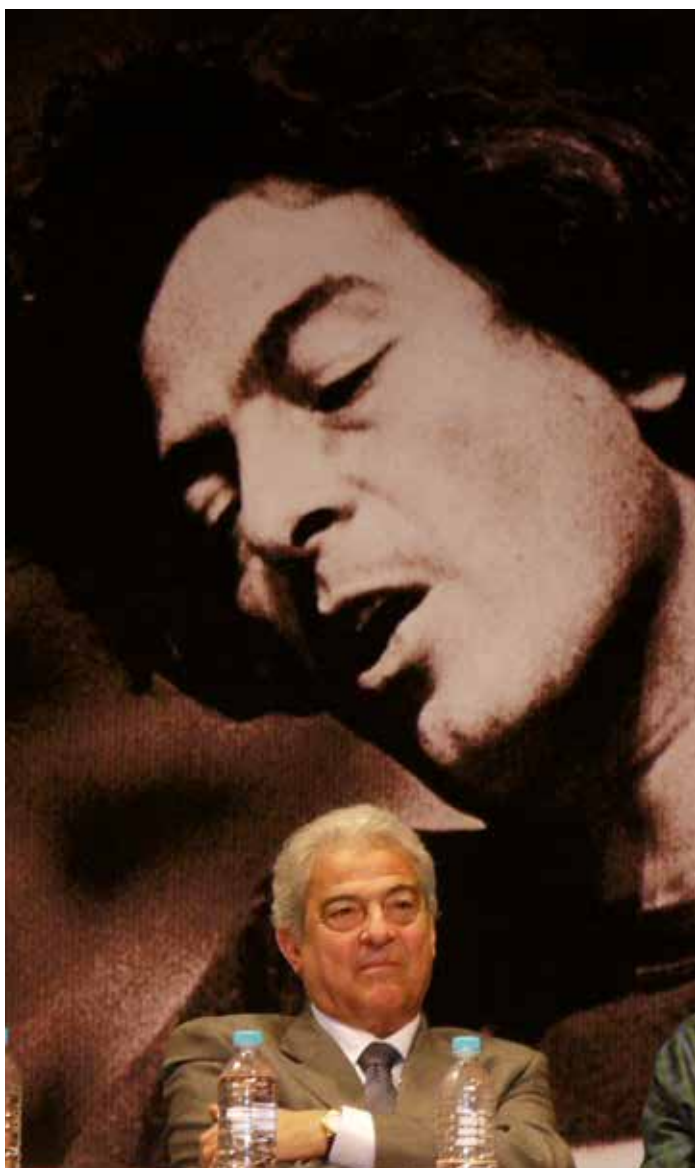
Con la publicación del *Monólogo de la casta Susana y otros poemas*, llegué en 1986 a los veinticinco años de mi primer librito. Me parece mentira. Cosa de locos, persistir en un oficio que no brinda fortuna y placer. Y sin embargo, es tan inevitable como la sombra que nos acompaña en las tardes transparentes del verano.

Ahora sobrevivo con mi mujer y mis tres hijos en Lima, llamada también la horrible. Enseño, es un decir, en la Universidad de San Marcos, la más pobre y antigua de las Américas. Soy periodista del semanario *Sí*. Escribo poesía, cuando puedo, a caballo entre la pena y la violencia. Y temo cada día.



EL GRAN VIENTO DE

a Rafael Vargas,
Juan Manuel Roca,
Hugo Gutiérrez Vega y
Juan Gelman, buenos
amigos de Antonio Cisneros



V alió la pena ver y oír pasar ese ventarrón. Era un magnífico niño irreverente, iconoclasta, que tenía asimismo un corazón compasivo y solidario. Él se sabía —lo era— uno de los escasos grandes poetas que aún quedaban en nuestra lengua. Todo lo que tocaba, aun las cosas más nimias y dispares, las volvía novedosa poesía. Nacido en Lima, el 27 de diciembre de 1942, murió el pasado 6 de octubre. Permítaseme en este breve espacio dejar de él algunos recuerdos.

Lo vi en muchas partes y leímos juntos en algunas: en Santiago de Chile, Morelia, Querétaro, Zacatecas, Monterrey, y sobre todo Lima y Ciudad de México. Es curioso o paradójico: según mi experiencia, Cisneros era muy diferente cuando se conversaba sólo con él o cuando estaba en grupo. En lo primero, era serio, pero si encontraba un grupo que supiera oírlo, podía ser por horas divertidísimo, brillantísimo.

En noviembre de 2004, invitado por el poeta Rafael Vargas, agregado cultural de México en Chile, asistí a la Feria del Libro y a un encuentro de poetas en la Universidad Finis Terrae. Volví a

ANTONIO CISNEROS

Marco Antonio Campos

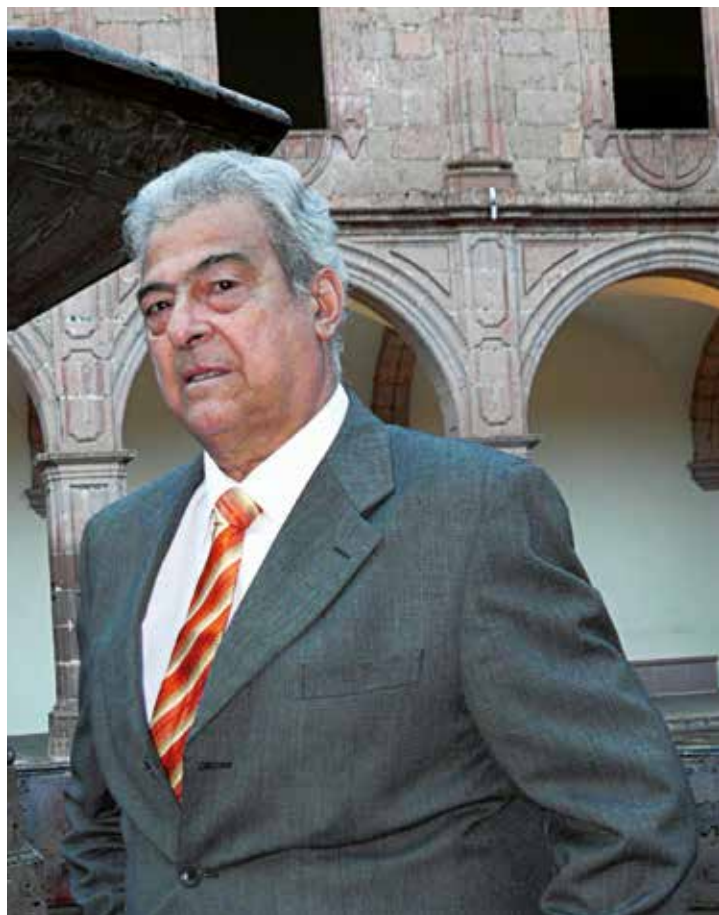
Poeta mexicano

Fotos de Pascual Borzelli Iglesias



Los poetas Antonio Cisneros y Marco Antonio Campos

encontrar a Cisneros después de muchos años. Bebiendo whisky, Toño (así le decíamos todos) era de carrera larga. La noche de su arribo, luego de estar bebiendo con otros poetas en el hotel NH, de calle Conde, nos invitó casi obligándonos a William Ospina y a mí «a seguirla». Salimos a caminar, y como estaba casi todo cerrado, acabamos en un restorán de medio pelo en la plaza Italia. Cisneros la traía gratuitamente contra los dependientes y bromeando les machacaba que Perú acababa de vencer en fútbol a Chile. «¿A qué horas le pegan?», me preguntaba. En la rocola del sitio no dejaban de sonar, para horror y tormento, canciones de Thalía, de Luis Miguel y Juan Gabriel. Al salir del changarro, mientras caminábamos hacia la avenida Providencia, Ospina se puso a cantar canciones rancheras y yo lo acompañaba con algo que eran preferentemente aullidos. Nos detuvieron un joven y una joven carabineros: la joven era bonita. Toño de



Encuentro de poetas del mundo latino en México, 2009, en homenaje al poeta Antonio Cisneros.





inmediato entró a explicarles: «Miren, somos unos poetas que venimos del Perú, de Colombia y de México. Estamos aquí en el hotel NH. Como ustedes ven, el poeta colombiano se sabe mejor las rancheras que el mexicano». Los carabineros sonreían. Le pregunté a la carabinera: «Por el demérito patriótico que me hizo el poeta peruano, ¿me permite que le dé un beso de despedida?». En los siguientes días Cisneros relataba los hechos, pero como pegó mucho entre los chilenos la anécdota con la carabinera, modificó la versión, y contaba en plural: «Entonces, luego de decirles que William Ospina sabía mejor las rancheras, Marco Antonio y yo nos despedimos de beso de la carabinera».

En las dos últimas semanas de octubre de 2009, cuando se le dedicó el Encuentro de Poetas del Mundo Latino en Morelia y se le dio, junto con Hugo Gutiérrez Vega, el Premio de Poetas del Mundo Latino Victor Sandoval en Aguascalientes, nunca lo vi tan feliz, tan cordial, tan afable con la gente, luciendo a diario impecables trajes. En Morelia su foto cubría calles y plazas.

En junio de 2010, la entonces gobernadora Amalia García y el director del Instituto Zacatecano de Cultura, David Eduardo Rivera, me otorgaron el premio Iberoamericano Ramón López Velarde. Pedí si podía invitarse a las Jornadas a Juan Manuel Roca y a Toño Cisneros. «Los dos son grandes poetas y los dos son



muy divertidos». Y los invitaron. Y todos la pasaron bien. Leímos los tres juntos en la ciudad de Zacatecas y en el Teatro Hinojosa de Jerez. Luego de la entrega del premio cenamos en grupo en la casa de la calle de la Parroquia donde vivió López Velarde. El poeta José de Jesús Sampedro apareció de improviso y le puso a Cisneros en la mesa tres botellas de whisky. Jalé a Sampedro: «¿Nos quieres llevar al suicidio...?» Luego de media de whisky, mientras tocaban los mariachis, Cisneros estaba encantado conversando con Amalia García: «Oiga mi reina, fijese mi reina, le quiero contar esto mi reina, en el Perú mi reina...» Con todas las tablas que da la política, Amalia conversaba como si se conocieran de toda la vida. Le sugerí en voz baja: «Toño, dile o Amalia o licenciada o gobernadora». Me respondió molesto: «¿Tú me vas a enseñar a mi edad, yo que

trabajo en la cancillería peruana, cómo tratar a políticos?».

Lo vi la última vez en abril en Lima. Le llevé a su trabajo, en el Centro Cultural Inca Garcilaso, diez ejemplares de la edición que le publicamos en la UNAM de su excepcional antología personal *Propios como ajenos*. Le encantó como objeto. Luego nos dirigimos a comer con varios amigos (José Ángel Leyva, Jotamario Arbeláez, Fernando Herrera y su mujer) al histórico Bar Cordano, a un costado de la catedral. Durante la tarde en el Cordano y durante la cena que hizo en su casa luego de la sesión inaugural, pocas veces lo vi tan cordial y tan centellante. En la sesión inaugural del Festival de Poetas de Lima en un gran parque, ante cosa de dos mil gentes, fue impresionante el aplauso que le dieron los peruanos a su mejor poeta [aún] vivo. A Toño se le salieron las lágrimas.

Hace cosa de mes y medio me habló por teléfono. Tenía un cáncer durísimo en el pulmón y una severa fibrosis pulmonar. Lo hacían pedazos las quimioterapias. Cosa de una semana más tarde me pidió un medicamento (Permefidona) que se vendía en México pero no en Perú. Mi hermana lo buscó por todas partes y acabó encontrándolo en Canadá. Iba a enviárselo, pero Antonio le contestó en un correo muy cariñoso diciéndole que eran mayores las contraindicaciones y la mayoría de los neumólogos españoles y franceses lo

desaconsejaban. Cisneros tenía una bella familia. Fueron meses muy difíciles para su esposa (Nora) e hijos (Diego, Soledad y Alejandra). Él, muy apegado a la familia, creía ser buen hijo, buen esposo, buen padre, buen abuelo.

Tardará en América Latina en surgir otro poeta de sus múltiples dimensiones. Yo lo recordaré siempre como el poeta que sólo escribió libros inimitables, inmarchitables, y como un entrañable amigo al que será muy difícil no extrañar.



Poetas. Víctor Manuel Cárdenas, Juan Manuel Roca, Antonio Cisneros y Marco Antonio Campos.

ANTONIO CISNEROS y los indómitos del 60

Arturo Corcuera

MI amistad con Antonio Cisneros es anterior a la publicación de *Destierro*. Es decir, desde antes que naciera oficialmente poeta ya éramos amigos. Ha cumplido con generosidad más de cuarenta años. Me es difícil precisar cuándo lo conocí, tengo como la vaga certidumbre de haberlo conocido siempre. Aparece su figura alta y esmirriada cada vez que evoco los tiempos dorados de los años sesenta. No hay un solo recuerdo en mi memoria del que no surja: Toño en la plaza Francia; en el Patio de Letras; con Emilio Choy en los chifas; en los cines clubes; en Punta Negra; en Platero, mi viejo Ford del 32; en el Juanito; con doña Ana María, en mi casa de Manuel Gómez, y con doña América en la suya del jirón Chiclayo; en la Casa de la Poesía, paraje barranquino de nuestra juventud romántica, donde se consumaron tantas aventuras y tantos amores.

Lo veo a Toño, como una espada en el aire, enfundado en su *blue jean*. Solo a partir de él fue posible ver a un poeta en *jeans*. Ni los más recalcitrantes rebeldes del 50 se permitieron esta licencia de usar los pantalones vaqueros. Ni a Rose ni a Valcárcel ni a Romualdo ni a Bendezú se

les vio lucir la prenda azul que más tarde conquistaría a artistas de cine, a reyes y vagabundos. Tampoco los narradores se atrevieron a ponerse los pantalones. Sólo Julio Ramón Ribeyro, montando bicicleta, se dio ese aire informal y juvenil al final de su vida. Para Toño el *jeans* es su distintivo generacional como lo fue el bastón para César Calvo, el abrigo de invierno europeo para Reynaldo Naranjo y la gorrita Jorge Chávez, en los últimos años, para Marco Martos. Él registra, en una nota sobre la generación del 60, la capa que yo usaba y que adquirí en Madrid en mis años universitarios.

En El Wantán, esa fonda ubicada en los portales de la plaza Francia, fue donde Toño me mostró los originales de *Destierro*. Quedé sorprendido de su temprano talento poético, de su dirección por ir forjándose, desde un principio, una manera personal de decir las cosas; me entusiasmó su verso limpio y estricto, fluido y murmurante como los tumbos de la brisa del mar, virtudes que me hubiera gustado poseer a esa edad cuando irrumpí en la literatura.

Aunque Toño lo confiesa, no se deja entrever en su voz el modelo tan marca-



do de Alberti o de García Lorca, sus lecturas de aquellos años moceriles, lo que demuestra que no se dejó devorar por esas dos grandes plantas carnívoras que lo seducían. «Crearse su propio idioma —me dijo alguna vez Toño— responde a un acto de antropofagia. Lees porque vas a comer, a deglutir lo que lees, y lo vas a asimilar. Pero si no lo sabes hacer, sencillamente sucede al revés: el carnívoro se convierte en manjar, termina devorado. La fruta deliciosa se hace bocado venenoso». La cita albertiana, su *leitmotiv*, en su primera entrega, nos confiesa su lectura de *Marinero en tierra*.

Destierro significa su confinamiento en la ciudad, abandona la contemplación del

mar, lejos de la libertad y del ocio; significa la atadura al colegio, a las obligaciones, a la disciplina familiar. Ser exiliado de la arena al asfalto, del sol del verano a la neblina limeña.

Después vendría *David*, páginas en las que ya empieza a perfilarse su personalidad, a definir una poesía narrativa que imprimiría un sello a su obra y que teniendo su magisterio primigenio en la Biblia, funda también de este modo la tribu de poetas bíblicos: Eduardo Chirinos con sus *Canciones del herrero del arca*, Antonio Cillóniz con salmos, los poemas a Jonás y yo mismo con mi *Noé delirante*.

Por aquella época, en San Marcos, haciendo un poco de ruido, congregábamos

una gran audiencia en el Salón General de La Casona, un conocido grupo de poetas decididos a cambiar el mundo. Lo conformábamos fundamentalmente Mario Razzetto, César Calvo, Reynaldo Naranjo y yo. Ocasionalmente también participaban Federico García y Pedro Morote, que siguieron después otros caminos, el del cine y el de la novela. Algo huraños, por el Patio de Letras, asomaban los rostros amicales de Rodolfo Hinostroza, Pedro Gory, Carlos Henderson, Carmen Luz Bejarano y con alguna intermitencia Ricardo Espinoza. Varios años más tarde se uniría al grupo Javier Heraud, a quien habíamos visto más de una vez en la primera fila de nuestros recitales. Él nos confesaría más tarde que se escapaba de sus clases en La Católica para oírnos recitar.

Por nuestra parte, nosotros también empezamos a ir a La Pontificia, a encontrarnos principalmente con Javier, Toño, Lucho Hernández, Livio Gómez, Luis Enrique Tord, que crecían aceleradamente y con quienes ya teníamos una estrecha amistad, consolidada definitivamente, cuando nos confundimos los dos grupos en las burbullantes tertulias de la Casa de la Poesía. Las noches lunares junto al mar, con muchachas y poemas, no me dejarán mentir. La silueta de Marco Martos aún no aparecía en el horizonte con *Casa nuestra*, casa que no ha derruido el tiempo, y ya iba asomando en La Católica Mirko Lauer que empezó a escribir desde muy niño y a quien siempre le han interesado también los asuntos del arte y el análisis político. La presencia de Hildebrando Pérez en las aulas sanmarquinas vendría años después con *Aguardiente, y otros cantares* libro de tono andino y alto grado de calorías.

Los poetas de San Marcos, como lo reclama Walt Whitman, no éramos esclavos de la belleza. Sacrificábamos, es cierto, nuestra poesía a favor de los ideales revolucionarios. Volanteábamos poemas, participábamos en peleas y mítines estudiantiles, alternábamos con los trabajadores, íbamos a los sindicatos, cantábamos alborozados a la Revolución Cubana. Creíamos en el panfleto, en la poesía de cartel, en el mensaje directo del poema mural, influidos tal vez por Maiakovsky. Ya habría tiempos mejores para dedicarnos a nuestra obra. Soñábamos con incorporar la poesía a la canción y sacarla a la calle. Naranjo y Calvo lo intentaron y editaron un disco con Carlos Hayre; pegábamos en las paredes afiches con poemas. Por otra parte, nos sentíamos sacudidos por el poema manifiesto «A otra cosa» de Alejandro Romualdo y la sonoridad sublevante del «Canto coral a Túpac Amaru»; los deba-





Antonio Cisneros y César Calvo.

tes, las polémicas, la revista *Tareas*. Téngase en cuenta la atmósfera política que se vivía en aquellos años, la fascinación de las guerrillas, la gravitación que ejercieron los poetas recién retornados del destierro, perseguidos, encarcelados y expatriados por la dictadura de Odría, además de los ecos todavía frescos de la guerra civil española que no cesaban, de la poesía de la resistencia que encarnaba Blas de Otero. Estaba terminantemente prohibido viajar a los países socialistas, así lo advertía un sello en los pasaportes. Recordemos que, hasta mediados del 60, el filme *Morir en Madrid* se tuvo que proyectar clandestinamente en Lima, lo mismo que *El Acorazado Potemkin*. Sumergidos en ese clima escribíamos. «¿Iba a ser la poesía / una solitaria columna de rocío?», nos preguntaba

imprecándonos Manuel Scorza.

Los poetas de La Católica eran más concentrados en sus estudios, más medidos, más académicos, mejor formados, (no en vano tenían como maestro y guía a Luis Jaime Cisneros). Sabían otros idiomas, estaban preocupados por el cuidado del lenguaje, la política no les interesaba hasta nuevo aviso. Y efectivamente, tocados después por la realidad latinoamericana, los poetas asumirían una posición contestataria y progresista, lo que dio lugar a algunas expulsiones del claustro. La inmolación de Javier en Puerto Maldonado no deja ninguna duda.

Fueron muy provechosos los lazos de una vida común, de un acercamiento casi diario que fue alimentándonos recíprocamente. Ellos tenían como lecturas in-

mediatas —lo reconoce Toño— a Martín Adán, Wesphalen, Eielson, Sologuren; nosotros a Romualdo, Rose, Valcárcel, Manuel Scorza. A Washington Delgado lo compartíamos mita y mita para vivir mañana; Vallejo y Neruda eran nuestros padres tutelares; ellos tenían a Eguren y a César Moro como suyos. Nosotros estábamos más cerca de los clásicos españoles y de la generación del 27, mientras ellos empezaban a mirar el entorno con los ojos de la poesía anglosajona. De los poetas de lengua extranjera sus favoritos eran Eliot, Lowell, Ginsberg; los nuestros eran Eluard, Brecht, Nazim Hikmet. No vaya a pensarse que, en cada caso, no conociéramos y leyéramos a los poetas de la otra orilla, que aunque los apreciábamos, en ese momento no constituían nuestro paradigma poético. Nos inclinábamos por «la poesía del pómulo morado» para decirlo con voz de Vallejo. Leíamos también poesía china, poesía japonesa, rusa, francesa, italiana, persa, brasileña. Manuel Bandeira concitaba nuestra atención, y nuestra lectura era desordenada y variopinta. Con Tato Escajadillo conocimos a Bandeira en Río.

La crítica, desconociendo el dato histórico, ha señalado y demarcado a su capricho los linderos y los nombres más destacados de la Generación del 60, excluyéndonos de la gloria a los sanmarquinos en un afán por marcar hitos y aparecer originales y descubridores. Hasta el agudo Julio Ortega en sus recuentos literarios nos desdeña olímpicamente, actitud explicable en un comienzo porque nuestra incipiente fama no llegaba quizás hasta Chimbote. A partir de entonces varios comentaristas han querido tener su Generación del 60. Algunos apelan a la referencia cronológica; otros señalan que tal o cual

libro determina la generación; no faltan los que se aferran a las influencias; y hay hasta quienes sostienen que recién en el año 65 se dan las características esenciales de generación; criterio con el que dejan fuera a varios exponentes. «Allá ellos, allá ellos, allá ellos», escribía Vallejo. A mí que me registren. Yo siempre he dicho que nací a la poesía por generación espontánea.

No se puede dejar también de consignar otros nombres: Manuel Pantigoso, Germán Carnero Roqué, Winston Orrillo, voces que incursionaron primero en el teatro, el periodismo, la crítica, y que han sido recogidas finalmente en el libro de Óscar Araujo *Como una espada en el aire*, volumen que reúne material valioso —comentarios, poemas, testimonios, fotografías— y que como toda antología mortal es natural que tenga virtudes y deslices.

En los últimos cuarenta años, Toño no sólo ha creado una hermosa y anchurosa obra poética, reunida espléndidamente, sino que ha dejado también huella de su talento en el periodismo, la radio, la televisión, la labor docente, clases magistrales y conferencias que da aquí y fuera del país. Yo puedo dar fe de la acogida que tiene en el exterior y del entusiasmo que inspira su presencia. Cuando se viaja con él diría que se sufre, pero se goza. Su chispeante humor acorta las distancias. Me ocurre con él lo que me sucedía cuando viajaba con Calvo o con Scorza: todo el recorrido era una fiesta. En Roma perdimos el avión no sé si por culpa de Toño o culpa mía; en New York no conocí las torres gemelas porque nos pasamos buscando un restaurante árabe que él había frecuentado cuando vivió una temporada en la ciudad de los rascacielos; en Sofía, la capital búlgara, nos robamos los aplausos al leer al

alimón un discurso en el Congreso Mundial de Escritores, nuestros nombres están grabados en una enorme campana que adorna el parque principal de la ciudad. En uno de esos tantos viajes, en Chile, el diario *El Mercurio*, después de echarnos flores, a mí me calificó de poeta parsimonioso y a Toño de poeta histriónico. Yo en descargo le dije a Toño que cualquier ser normal a su lado resulta parsimonioso, pero él terminó convenciéndome de que es al revés: cualquier poeta al lado de un parsimonioso aparece histriónico. Quiero evocar especialmente nuestra estancia en París, en casa de ese noble y buen amigo que fue y que ya no estará nunca más entre nosotros: Roberto Armijo, excelente poeta salvadoreño, profesor de la Sorbona que además de invitarnos a ser sus huéspedes, después nos envió de regalo a Lima

dos poemas de homenaje. Transcribiré el dedicado a Toño, para que Roberto donde quiera que esté, en la tierra o en el aire, se sienta feliz de acompañarnos en esta evocación nostálgica: A Toño Cisneros // Hablo de Toño / De Toño a secas / El Oso Hormiguero / Y otros animalitos / Como la ballena / El gorgojo / La araña viuda / Hablo del Lazarillo de Garcilaso / El que tradujo un poema sobre el mar / Que dice el mar tiene testículos de oro / Cuando Toño dice Agua que no has de beber / y otros cantos / Miente / Lo conozco / En voz baja murmura / En mi jardín / Corren fuentes de melodiosos cristales / Si yo pudiera esta noche ir a Lima / A cabalgar una llama / Frente a su puerta / Rezaría una oración / Al santo Niño Jesús de Chilca.



Paco Bendezú, Violeta de Valcarcel, Arturo Corcuera, diplomática cubana, Juan Acevedo y Antonio Cisneros.



UNIVERSITE DE NICE
FACULTE DES LETTRES ET SCIENCES HUMAINES

30 junio '70

Querido Arturo, después de una
convalecencia de alma y cuer-
po, he me otra vez de pie. Las
últimas semanas han sido de
un trabajo brutal: tomar
exámenes orales, escritos,
en español, en francés, co-
rregir disertaciones gigo-
tescas (tamaño Descartes),
etcétera. Ahora me doy
al rol de la Côte d'Azur,
me trago mi soledad (que

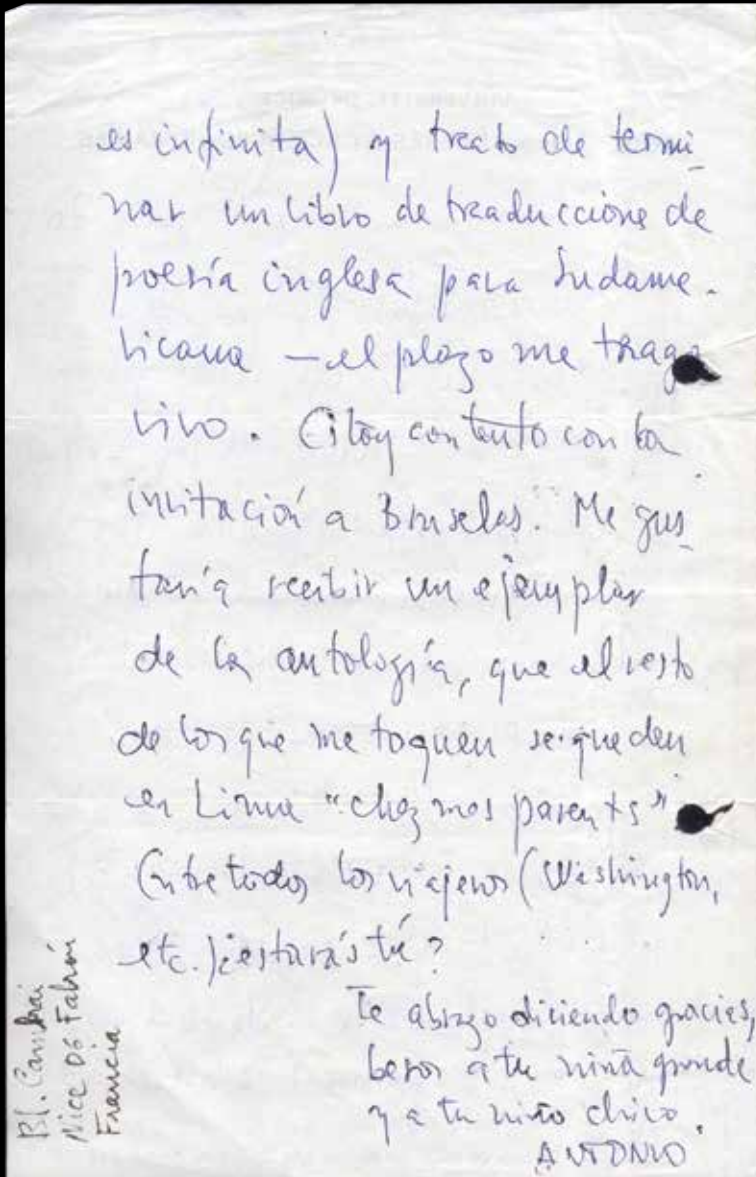
98, Boulevard Carlone, 06-NICE. Tel. 86-35-00.86-30-30. Boite Postale 257



Balada sobre la muerte

Me contaba de su abuelo andaluz. Me venía a la mente Antoñito el Camborio, y yo tarareaba: voces de muerte sonaron / cerca del Guadalquivir. Se nos dio por leer poemas extraños, de maravilla y de rencor. Toño Cisneros hablaba de ver un perro negro sobre un gran prado verde. Yo de ver a una forastera de faz borrosa... / que mira sin ojos / y sin labios besa. Y él a menudo otra vez: Un perro. Un prado. Yo repetía: «pálida sombra / va por la arena; de sus andares / no queda huella». Y Antonio dale con un perro negro común y corriente... Hasta que un día de malos augurios nos despedimos. Yo lo vi alejarse con un perro negro y él duerme ahora sobre un gran prado verde. Yo, en el corto trecho que me queda, desolado y solo, oigo su silencio y sigo esperando a la Forastera.

Arturo Corcuera



Antonio Cisneros

Poesía reunida

Sara Beatriz Guardia

Historiadora y periodista

*Mas yo estuve en los muelles de Barranco
escogiendo piedras chatas y redondas para tirar al agua.*

Antonio Cisneros

Hoy ha muerto Toño Cisneros. A comienzos de octubre todavía hace frío y el viento mueve los árboles del parque de Barranco. Aquí, las altas palmeras se alinean con los ceibos que lucen sus flores rosadas contrastando con los gruesos troncos de viejos ficus. Bajando las gradas se llega al Puente de los Suspiros que conduce a La Ermita, una antigua iglesia construida en 1805, según dicen porque un grupo de pescadores vio el halo de luz que provenía de un gran crucifijo colocado allí.

Desde el Puente de los Suspiros es posible imaginar a Toño Cisneros caminando con Javier Heraud, Arturo Corcuera y César Calvo rumbo a la Casa de la Poesía en la Bajada de los Baños allá en los años 60. Ha pasado mucho tiempo desde entonces, muchas olas recorrieron el Pacífico y muchos versos iluminaron el viento que atraviesa Barranco en los atardeceres.

Seguramente Toño debe estar por aquí, fumando sus cigarros interminables, y con cierta ironía comentará la antigua historia de la iglesia de La Ermita que cuenta que en el siglo XIX un sacerdote fue decapi-

tado al caerle encima la campana durante un terremoto, y que desde entonces deambula en las noches buscando su cabeza. Sonreirá después, y se quedará en silencio.

Lo acompañan la brisa quieta, sus libros: *Comentarios reales, Canto ceremonial contra un oso hormiguero, Agua que no has de beber, Como higuera en un campo de golf, El libro de Dios y de los húngaros, Crónica del Niño Jesús de Chilca, Monólogo de la casta Susana y otros poemas, Drácula de Bram Stoker, Las inmensas preguntas celestes, Un crucero a las islas Galápagos*, por nombrar algunos.

También las distinciones y los homenajes. Antonio Cisneros ha recibido: el Premio Nacional de Poesía, el Premio Casa de las Américas, el Premio Gabriela Mistral de la Organización de Estados Americanos, el Premio Iberoamericano José Donoso, el Premio Poetas del Mundo Latino Víctor Sandoval, la Orden de Caballero de las Artes y las Letras de la República Francesa, y el Premio Iberoamericano de Poesía Pablo Neruda.

Sabía de él por Lorenzo Osoreo, fiel en su amistad y en afectos que resisten la

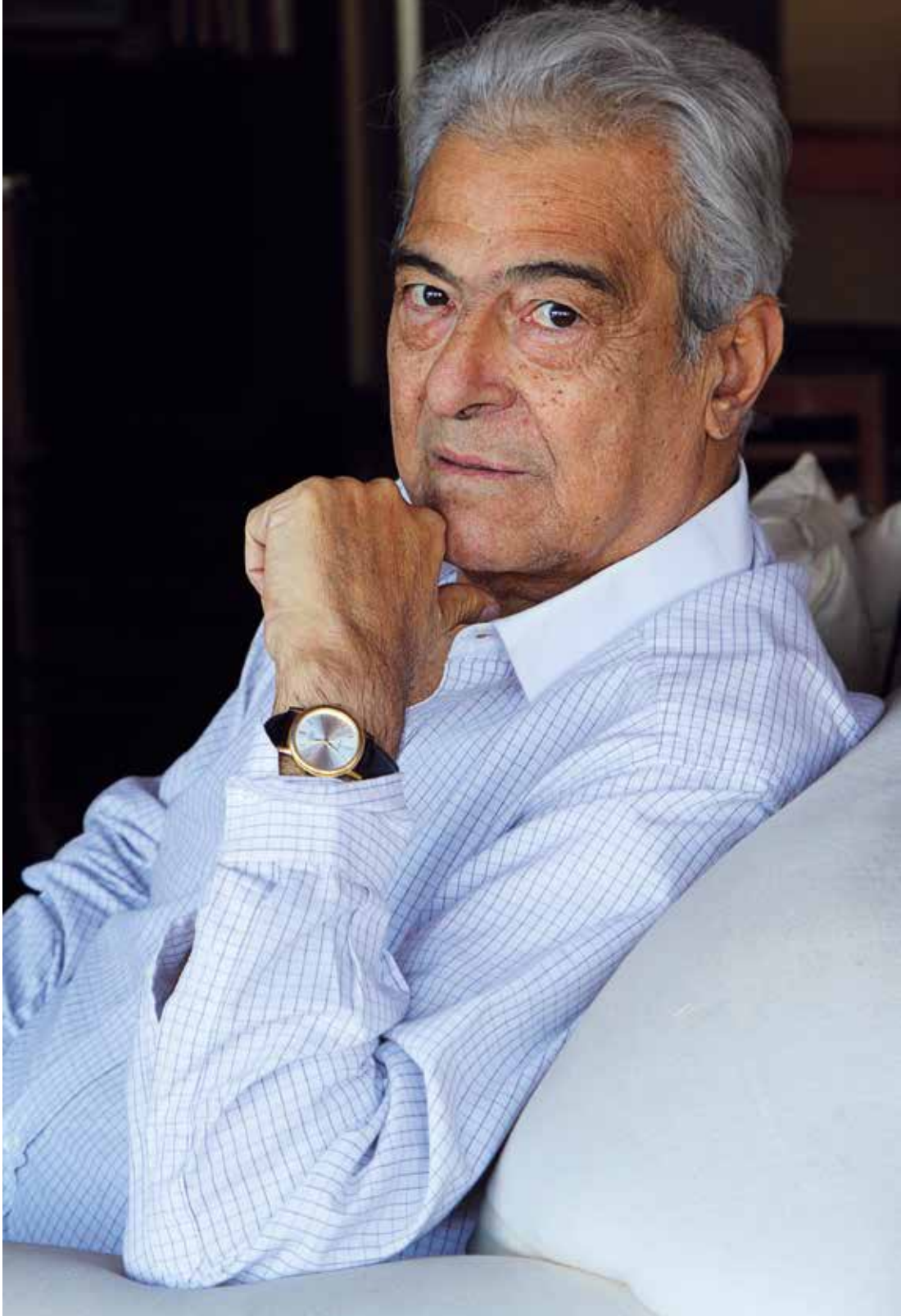


Foto de Soledad Cisneros

prueba del tiempo. Pero en esta tarde lo recuerdo como la última vez que lo vi en mi casa. En esa cena inolvidable en ocasión del viaje de Hernando Torres Fernández a Bogotá y a la que asistieron varios amigos, y él con su esposa, la amiga, la entrañable

compañera de su vida, la Negra, como la llamaba. Lo recuerdo de pie contando con vehemencia algún relato, gesticulando y moviendo las manos, pronunciándose en voz alta, mirando de frente, saboreando su verdad con una amable sonrisa.

Poemas de Antonio Cisneros

Canto ceremonial contra un oso hormiguero

aún te veo en la Plaza San Martín
dos manos de abadesa
y la barriga
 abundante
 blanda
 desparramada como un ramo de flores baratas

olfateas el aire
escarbas algo
entre tus galerías y cavernas oxidadas

 caminas

aún te veo

 caminas

más indefenso que una gorda desnuda entre los faunos
más gordo
más alado
y ya aprestas las doce legiones de tu lengua

 granero de ortigas
 manada de alacranes
bosque de ratas veloces
 rojas
 peludas

el gran mar de las babas

oh tu lengua
cómo ondea por toda la ciudad
torre de babel que se desploma

 sobre el primer incauto
 sobre el segundo
 sobre el tercero

torre de babel

tú

que en 1900 fuiste lavado por tu madre en el mar de
La Punta

 espacio
muy espacio

sin descuidar las ingles
 las orejas
 el trasero
 las plantas de los pies

tú
que dormiste entre los muslos de tu abuela para no sentir frío
mientras los muchachos
los otros
hacían el amor con las muchachas
puedo ver tu gran lengua

 ay sin madre
 ay sin abuela
tu gran lengua después de la jornada
 jadeante
 horizontal
 un poco blanda

tu gran lengua en la cama
con vírgenes y arcángeles
 de lata

oh tu lengua en reposo
 y aún se reproduce
 despacio
 muy despacio
 y todavía engorda

oh comediante de los almuerzos de señoras
oh vieja bailarina
oh torre de babel en la gran cama
maltrecha ya
por los combates fieros de tu hermano
 capitán ballestero de sodoma
 príncipe de gomorra
 flor de lesbos

y ahora
 no más tu madre
 no más tu abuela
 no más tu arcángel de la guarda

y ahora
océano de babas
vieja abadesa
escucha
escucha mi canto
escucha mi tambor
 no dances más.

Oración

Qué duro es, Padre mío, escribir del lado de los vientos,
tan presto como estoy a maldecir y ronco por el canto.
Cómo hablar del amor, de las colinas blandas de tu Reino,
si habito como un gato en una estaca rodeado por las aguas.
Cómo decirle pelo al pelo
 diente al diente
 rabo al rabo
 y no nombrar la rata.

Amor
Cinco

Tranvía nocturno

Sido como fui el fauno real de Niza, la pantera —de
Argel— en el Hyde Park, gárgola alegre del valle de
Huamanga,
oh vedme convertido en el gorgojo tuerto del Danubio:
 pimientos y vigilias sin rumbo y sin respuesta.
Virgen necia entre las vírgenes prudentes, un solo ojo
 apestado que no ve
el cielo atrás del cielo, el triunfo de los hombres que
 vendrán.
Sin lámpara de aceite que descubra las más verdes colinas
 en los ojos
de un borracho fondeado en el tranvía a la hora del búho.
Campos de ámbar y avena que no oteo, gorgojo que ahora
 evito:
No hay días venideros, apenas un tranvía cargado de
 borrachos
como un carbón prendido entre la niebla.

Entonces en las aguas de Conchán

(Verano 1978)

Entonces en las aguas de Conchán ancló una gran ballena.

Era azul cuando el cielo azulaba y negra con la niebla.

Y era azul.

Hay quien la vio venida desde el Norte (donde dicen que hay muchas).

Hay quien la vio venida desde el Sur (donde hiela y habitan los leones).

Otros dicen que solita brotó como los hongos o las hojas de ruda.

Quienes esto repiten son las gentes de Villa El Salvador,

pobres entre los pobres.

Creciendo todos tras las blancas colinas y en la arena:

Gentes como arenales en arenal.

(Sólo saben el mar cuando está bravo y se huele en el viento).

El viento que revuelve el lomo azul de la ballena muerta.

Islote de aluminio bajo el sol.

La que vino del Norte y del Sur

y solita brotó de las corrientes.

La gran ballena muerta.

Las autoridades temen por las aguas:

la peste azul entre las playas de Conchán.

La gran ballena muerta.

(Las autoridades protegen la salud del veraneante).

Muy pronto la ballena ha de podrirse como un higo maduro en el verano.

La peste es, por decir,

40 reses pudriéndose en el mar

(ó 200 ovejas ó 1000 perros).

Las autoridades no saben cómo huir de tanta carne muerta.

Los veraneantes se guardan de la peste que empieza en las malaguas de la
[arena mojada.

En los arenales de Villa El Salvador las gentes no reposan.

Sabido es por los pobres de los pobres

que atrás de las colinas flota una isla de carne aún sin dueño.

Y llegado el crepúsculo

no del océano sino del arenal

se afilan los mejores cuchillos de cocina y el hacha del maestro carnicero.

Así fueron armados los pocos nadadores de Villa El Salvador.

Y a medianoche luchaban con los pozos donde espuman las olas.

La gran ballena flotaba hermosa aún entre los tumbos helados.

Hermosa todavía.

Sea su carne destinada a 10 000 bocas.

Sea techo su piel de 100 moradas.

Sea su aceite luz para las noches

y todas las frituras del verano.

Naturaleza muerta en Innsbrucker Strasse

Ellos son (por excelencia) treintones y con fe en el futuro.
Mucha fe.
Al menos se deduce por sus compras
(a crédito y costosas).
Casaca de gamuza (natural),
Mercedes deportivo color de oro.
Para colmo (de mis males) se les ha dado además por ser eternos.
Corren todas las mañanas (bajo los tilos)
por la pista del parque y toman cosas sanas.
Es decir, legumbres crudas y sin sal,
arroz con cascarilla, agua minerales.
Cuando han consumido todo el oxígeno del barrio
(el suyo y el mío)
pasan por mi puerta (bellos y bronceados).
Me miran (si me ven)
como a un muerto
con el último cigarro entre los labios.

En el bosque

Adónde se van las bicicletas, si no es a los suburbios de la arena mojada. Un barco ballenero perdido en la neblina. Una casona con mamparas de vidrio y un terraplén azul. Son las cosas del mar y ya no tienen la menor importancia. Al otro lado, en cambio, a cuadra y media de la panadería y a dos de la botica, se extiende una foresta interminable, repleta de tortugas y una que otra lechuga colorada. Debajo del ramaje, el aire es negro como una piel de foca. El reino de las sombras tan temido. Allá voy. Igual que un chancho viejo camino al matadero. Ancas de jabalí (cerdo peruano) y el dolor en la nuca que anticipa el tajo de la muerte. Y sin embargo, todo ese gran dolor sería lo de menos, si no fuera porque al volver los ojos al poniente, aparecen mis hijas, a lo lejos, en medio de la luz y los geranios. Entonces puedo verlas, atisbarlas, perdiéndose entre la hierba para siempre, cada vez más lejanas, tan hermosas, con sus faldas floreadas y sus limpios cabellos secándose brillantes bajo el sol.

El viaje de Alejandra

Me veo (veo a mi padre Alfonso) sentado como un sapo sesentón al borde de la cama. El mar se bambolea y arrastra entre sus tumbos los ropajes brillantes de las vírgenes locas y un lomo de ballena congelado. Algún avión retumba, en medio de la noche, como un temblor de tierra. Yo no sé qué hora es. Sólo sé que mi hija menor partió en la madrugada. Iba serena, con su mochila al hombro, y aunque acaba de cumplir los 23, parece un coatí adolescente. Cúbrela con tu manto, Madre mía. Yo te la recomiendo. Es una joven bella y de buenas costumbres. No la pierdas de vista. Aunque los aires estén endemoniados, como este cielo fiero al borde de mi cama. Es fácil distinguirla. Tiene el pelo amarillo y no es muy alta. Por lo demás, camina con suma dignidad. Ahora ya no sé cuántos inviernos pasarán para que vuelva a casa. Apachúrrala, Madre milagrosa. Que sean sus jornadas amables y propicias. Que los carabineros y guardias de frontera le sean bondadosos.



Foto de Soledad Cisneros

Rosamar lleva en su nombre su destino. La delicadeza y la fuerza, el rojo que deshoja un golpe húmedo contra cualquier roca. Prófugos del Mar, la reciente muestra de cerámica de Rosamar Corcuera, es propicia para hablar de su trabajo, de su pasión, espacio de dimensiones flexibles donde el tiempo no tiene ni un ritmo lineal, ni uno circular. El tiempo en este universo se construye de otras formas, con otras pautas.

La primera sala a la que ingresamos es un anticipo de la muestra total. Una gran variedad de personajes huye del mar, escapa, y su huida huele a eucalipto. El suelo huele a nuestra sierra, a una porción de nuestro país. Y la migración de estos seres alados (mágicos picaflones, algunos con cola de pez) mascarones de proa con mujeres mirando al infinito, caracolas, ángeles. Este variopinto grupo de seres escapa; en su fuga, vemos a un bebé envuelto, protegido en el cuerpo de un ser mágico, barco-humano. Las migraciones no estarían completas sin criaturas, sin rostros de cansancio y pena, sin el olor del momento.



Rosamar Corcuera



El triunfo de la belleza

Andrea Cabel

Poeta y periodista

Fotos de Daniel Lagares



El silencio conserva la coherencia entre los ojos de sus criaturas y el resto de sus cuerpos. Treinta piezas de cerámica, todas ellas con rostro. Rostros, en su mayoría, de mujeres; mujeres de fuerza, como mascarones de proa con brazos abiertos hacia la eternidad. Es conmovedor el rostro de sus personajes, todos cargados de expresión, cargados de colores precisos, de líneas que simulan el tiempo que ha pasado y repasa el volumen de su travesía. Uno deja de ser barro y se hace latido, pulsión.

En este espacio de tránsito, cual es la huida, vemos seres justamente perceptibles, cuerpos que no son ni humanos ni animales, sino que son, sobre todo, cuerpos creados con la tierra, que con el calor se despierta y adquiere volumen, textura modelable. La tierra, nuestra madre, la que nos alberga al final de nuestra vida, energía esta que tal vez se disemine en otros cuerpos, aquí deslumbra en sus colores y en su forma de relacionarse con el agua, el

aire y el fuego. La muestra invita a diversas lecturas, como todo buen texto, invita también a leer entre líneas los rostros de quienes cuentan una historia: la de cómo los cuatro elementos conviven en armonía total, dejando ver que entre ellos se necesitan, se aceptan, se re-crean.

Leo en *Prófugos del Mar* la historia de la resistencia, de la adaptación a la sobrevivencia, de la fuerza del silencio. Estos personajes nos cuentan de su pertenencia al cambio. Lo que se plantea en ellos es la forma de viajar en un elemento y pasar a otro sin contradicción alguna. No es el fuego el enemigo del agua, ni hay complementos. Lo que hay es transformación silenciosa, de un elemento se pasa al otro a través de ellos mismos. Me explico: Se usa el barro, la tierra en un estado especial en el que puede adoptar la forma que las manos necesiten. El barro se convierte en la forma del viento cuando golpea un rostro, este rostro aparece tal cual, como







uno siente el viento, vemos el rostro de una mujer hecha cometa. Luego, el viento mira el agua, y la mece, vemos entonces los mascarones de proa, casi invencibles en su sola forma. Finalmente, otra metamorfosis se ve en el agua que se envuelve en caracolas, y les da a estas la confianza para mostrar su rostro. El fuego da el calor que permite que se salte del agua a la tierra, y que esta, ya barro, alcance la temperatura capaz de darle volumen. El fuego da el calor a la tierra para que transgreda con su forma su propia naturaleza y se moldeen otras.

En este tránsito la mujer es protagonista vital. Las mujeres de esta obra, con su silueta de mar lleno de ondas y vértices agudos, migran de cuerpos, migran de

espacios y elementos y se enseñorean en la fortaleza de su propia belleza. Hay una que, sobre todo, aparece como una virgen. Lleva un orificio en el corazón, y podemos ver a través de este que, como cualquier mujer, contiene el vacío de la eternidad, y tiene un vestido amplio, celeste, en el que están dibujados su nombre y su historia. Esta mujer carga en su indumentaria una herramienta poderosa de agencia y cuestionamiento. No es solo un personaje mágico, no solo transgrede espacios y formas como el resto de personajes, a ella la envuelve y la protege un ropaje que narra. Su vestido representa su historia y ella permite diversas lecturas de sí misma. Crear seres que nos obliguen a pensar en una lectura de su historia, que nos envuelvan en





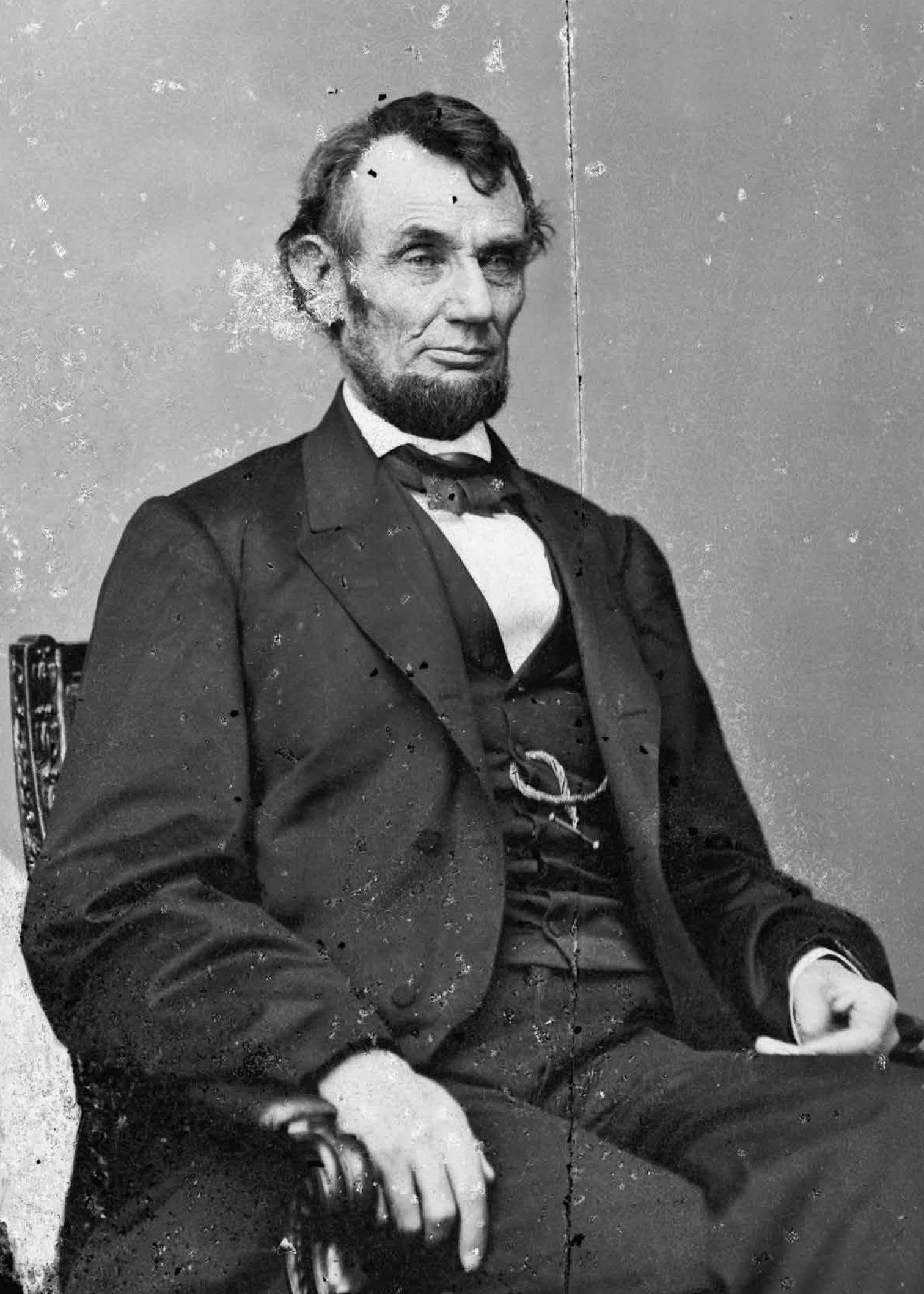
su pasado para contrastarlo con el que nos persigue a todos, es, de por sí, un logro. En esta obra hay una trama, hay personajes, hay la plasticidad de las palabras cuando se arrojan en el papel para buscar una idea. Los paisajes de esta muestra también nos interpelan; el mar y el cielo, por ejemplo, son dos espejos, se reflejan y se necesitan. Se miran y sus colores, sus formas, se buscan. Uno sin el otro no existen. Así son los personajes del mundo marino del que se van, que deshojan su propia historia con su fuerza, todos están regidos por la fuerza de la simetría, por la belleza del equilibrio. Treinta piezas que oscilan entre algunos tamaños imponentes y otros moderados, aun con rostro inquieto y ceño fruncido. Hay un universo detrás de cada cerámica en tanto cada una de ellas tiene un rostro, facciones misteriosas, gestos que denotan emociones profundamente humanas, que se identifican, que se muestran. No son solo objetos, reproducen vitalidad humana, son texturas que trasladan emociones y afectos, son la recreación de estados de ánimo y de una infancia que se mezcla con la adultez. Un universo maduro y constelado de sugestivas expresiones.

Rosamar, como ella misma lo dice, es una pintora que hace cerámica. Pero no solo es eso, es una artista capaz de trasladar la plasticidad tan compleja de la poesía al ámbito de la cerámica, idea que persigue, leyenda que construye, invocación al tiempo como edad, espacio y naturaleza («Cuentan los viejos / que los ríos / de antes / desembocaban / en los espejos»).





Colección de Federico Díaz



ABRAHAM LINCOLN EN EL CINE

Max Castillo Rodríguez

Escritor y periodista

Abraham Lincoln es sin duda el político más importante en la historia de los Estados Unidos. Nació en un pueblo pequeño de Kentucky en 1809 y se trasladó con su familia a Indiana cuando tenía siete años. Conoció el comercio negrero de Nueva Orleans a los dieciséis y desde entonces decidió acabar con la esclavitud. La injusticia del Sur y la crueldad de la guerra contra los indios en 1832 fueron acontecimientos que lo llevaron al estudio del Derecho.

Abraham Lincoln se casó en 1842 con Mary Toood de familia sureña acomodada. Tuvieron cuatro hijos, tres de ellos murieron muy jóvenes, y solamente el mayor Robert llegó a edad avanzada.

En 1844 Lincoln ya destacaba entre los *whigs*, el partido radical de esos tiempos, que tomo el nombre de sus símiles ingleses. Los *whigs* se manifestaron en contra de la guerra con México y en ese conflicto Lincoln demostró su indomable pacifismo. En 1856 se une al nuevo Partido Republicano, igualitario y abolicionista. Los republicanos más destacados estaban en el ala radical y su líder era Thaddeus Stevens, polemista de oratoria encendida

y personalidad extraordinaria que propuso confiscar todas las plantaciones esclavistas. Desde 1858, Lincoln fue considerado, por la firmeza de sus convicciones y su oratoria persuasiva, el mejor candidato de los republicanos y fue elegido presidente en 1860 acompañado en la vicepresidencia por el radical Hannibal Hamlin, quien proponía armar a los negros ante la proximidad de la guerra. El ejército confederado atacó Fort Sumter el 15 de abril de 1861 iniciándose la Guerra de Secesión.

En plena Guerra de Secesión, el primero de enero de 1863, Lincoln había promulgado la Proclamación de Emancipación de los esclavos en los territorios de los estados confederados. Pero fue considerada como una ley autoritaria que atentaba contra la propiedad privada. Como respuesta política y legal, Lincoln propuso a la Cámara de representantes la Decimotercera Enmienda Constitucional para abolir la esclavitud en todos los Estados de la Unión. Después de apasionadas e intensas discusiones, fue aprobada en enero de 1865. Es el tema central de la notable película *Lincoln* de Steven Spielberg.

LA FIGURA DE LINCOLN EN EL CINE HASTA LA DÉCADA DE LOS TREINTA

Abraham Lincoln como personaje ha aparecido en el cine una docena de veces y no ha sido inmutable. Ha cambiado según cómo se desempeñaba la política en el país y en el extranjero y como se vivía en los Estados Unidos ya sea en momentos tensos, de depresión económica, y también de auge económico y bélico en un ambiente muy optimista.

En las primeras películas del cine mudo se lo veía como un ser pacífico y simpático, amigo del Sur y que resultaba ser al final una víctima de los extremistas de ambos lados. Ese fue el punto de vista de David W. Griffith con su polémica película *El nacimiento de una nación* (1915)

Griffith, un sureño empobrecido que se convirtió en un gran director, fue fundador de los estudios American Artist con Charles Chaplin, Douglas Fairbanks y Mary Pickford. Por su conocimiento de la acción del montaje cinematográfico se le considera el iniciador del cine moderno al lado del soviético Sergei Eisenstein. Realizó *El nacimiento de una nación* con una independencia de criterio que molestó a muchos. Sin proponérselo, esta película despertó odios raciales escondidos por décadas desde el fin de la Guerra de Secesión. El actor Joseph Henabery interpretó a Lincoln en un breve papel cuyo asesinato es evocado de manera efímera. El presidente Lincoln sonreía desde un palco del teatro Ford y de pronto un actor de nombre John Wilkes Booth le dispara a la cabeza. La sensación que dejaba el magnicidio, relatado por Griffith, era la de un país que estallaba en la peor de las barbaries. A partir de ese momento la película

resulta muy sesgada. Los hombres blancos del Sur crearán el Ku Klux Klan para salvar sus vidas y en especial a sus mujeres de los salvajes y brutales negros. Griffith perdonaba a Lincoln por el supuesto error de declararle la guerra al Sur esclavista. «Era un amigo nuestro» exclama uno de los personajes. *El nacimiento de una nación* es el punto de vista de un sureño apasionado que pretendía trastocar la historia.

Con su último film *Abraham Lincoln* realizado en 1930, David Griffith pretendía borrar la pesadilla que dejó en la memoria de muchos de sus admiradores con *El nacimiento de una nación*. Esta vez fue minucioso en los ambientes que desarrollaban una personalidad tan especial como la del mártir del abolicionismo. Este film presenta una imagen renovada del Presidente que logró preservar la unión de los Estados de América. El estreno de *Abraham Lincoln* en 1930 coincidió con el inicio de la Gran Depresión.

Las imágenes nos muestran a un joven Lincoln que en 1832 participaba en los debates abolicionistas que se daban en Salem. David Griffith igual que Abraham Lincoln había nacido en Kentucky, por eso gran parte de las primeras escenas ocurre en un bucólico ambiente sureño al lado de Anne Rutledge, su gran amor juvenil. En la segunda parte del filme pasamos del amor a la Guerra de Secesión, con las desgarradoras escenas de la batalla de Bull Run, la más importante victoria sudista. Hacia el final aparece la derrota decisiva del brillante general Robert E. Lee en Appomattox. Es conmovedora la escena de Lincoln dando indicaciones precisas al general Ulysses Grant para que no fusile a los vencidos. Una escena muy parecida aparece en el filme de Spielberg. Culmina esta creación académica con la muerte del



presidente, el 14 de abril de 1865. Esta biografía minuciosa de Abraham Lincoln no tuvo éxito y significó el final de David Griffith como cineasta.

En cambio, nueve años después, en 1939, John Ford obtuvo un éxito taquillero con *El joven Lincoln* protagonizado por Henry Fonda.

Ford logra construir un retrato vigoroso de Abraham Lincoln cuando era un joven idealista y batallador contra la violencia. Dotado de gran inteligencia, Lincoln era un lector insaciable y poseedor de una memoria poco común. Hombre de grandeza y entereza aceptaba todos los retos y estaba decidido a acabar con la

esclavitud. Este filme trata de la vida de un hombre de origen humilde y luchador que encuadra muy bien con el *New Deal* de esos días y en un ambiente muy similar al de la conquista del Oeste. Estamos ante los típicos escenarios de John Ford. Priman los espacios amplios de los pueblos del medio Oeste, Indiana de 1832. Se relata las vicisitudes de un joven que asciende en su carrera de abogado, en un mundo de colonos y rudos campesinos. En esta historia el joven Lincoln de Ford tiene treinta años menos que el Lincoln de Spielberg, pero ambos cineastas nos presentan al ilustre prócer que sabía llegar a los corazones rectos, a los que buscaban una razón de ser en un mundo dividido por la esclavitud. Lincoln era admirado en un mundo que parecía no tener remedio.

UN LINCOLN NUEVO Y TRASCENDENTAL

Lincoln del reconocido cineasta Steven Spielberg es la última y sin duda la mejor película acerca de Abraham Lincoln. Detallista hasta la perfección, *Lincoln* toca fondo desde el principio. Observamos en plena lluvia a soldados de ambos ejércitos combatiendo cara a cara, con armas o con sus manos desesperadas. Soldados aterrizados, apelan a todo para salvar sus vidas en sucios pantanos. Soldados con el odio en el rostro y en el cuerpo. Es la cara turbia, eterna de las guerras, desprovistas de cualquier humanidad.

En medio de ese odio irracional, alejado de los campos de batalla, el siempre activo presidente Abraham Lincoln (Daniel Day Lewis) se esfuerza desde la Casa Blanca en implantar la Decimotercera Enmienda Constitucional. Este procedimiento decisivo era el arma que le proporcionaba la Constitución del país para acabar con esa

pesadilla, con la sangre a borbotones que brotaba, y mataba a miles de americanos cada día. En la película son espeluznantes las escenas de los hospitales, hombres jóvenes amputados desfilan sonrientes ante el carisma del presidente. En una escena se entierran piernas y manos cercenadas, en la brutal rutina de ese enero frío de 1865.

Spielberg es cuidadoso en extremo en esta reconstrucción histórica de ambientes y diálogos de esos días difíciles en Washington. Estamos ante un filme académico, intelectual, con silencios íntimos que nos ayudan a entender la personalidad de ese hombre fuerte, que nació en una cabaña de Kentucky. Lincoln se rodea de sus fieles, juega con su hijo pequeño Tad, que viste de soldado. Sus allegados son el Secretario de Estado, y dialoga tenso con su esposa Mary Tood (Sally Fields), quien nunca lo abandona y recuerda ella a sus dos hijos, que murieron tan niños. Robert el mayor es auxiliar del general Ulyses Grant. Completan los diálogos, la vida de una cámara cerrada familiar, el ujier negro y un militar que cumple como ordenanza. Entre ellos Lincoln se debate entre aceptar a los delegados sureños con sus proposiciones de rendición y esperar el voto, para que con la Enmienda Constitucional se dé la libertad a todos los esclavos.

Los republicanos no tenían la mayoría necesaria para la aprobación de la Décimotercera Enmienda en el Congreso y que se logra gracias a la energía y capacidad negociadora de Lincoln y a la gesta de oradores como Thaddeus Stevens (un inolvidable Tommy Lee Jones), quien volvía a los debates radicales. En esos días trascendentes de diciembre y enero de 1865 los republicanos obtuvieron la victoria sobre los demócratas anti abolicionistas.

Lincoln contempla desde su montura a los caídos de Peterburg Virginia en abril



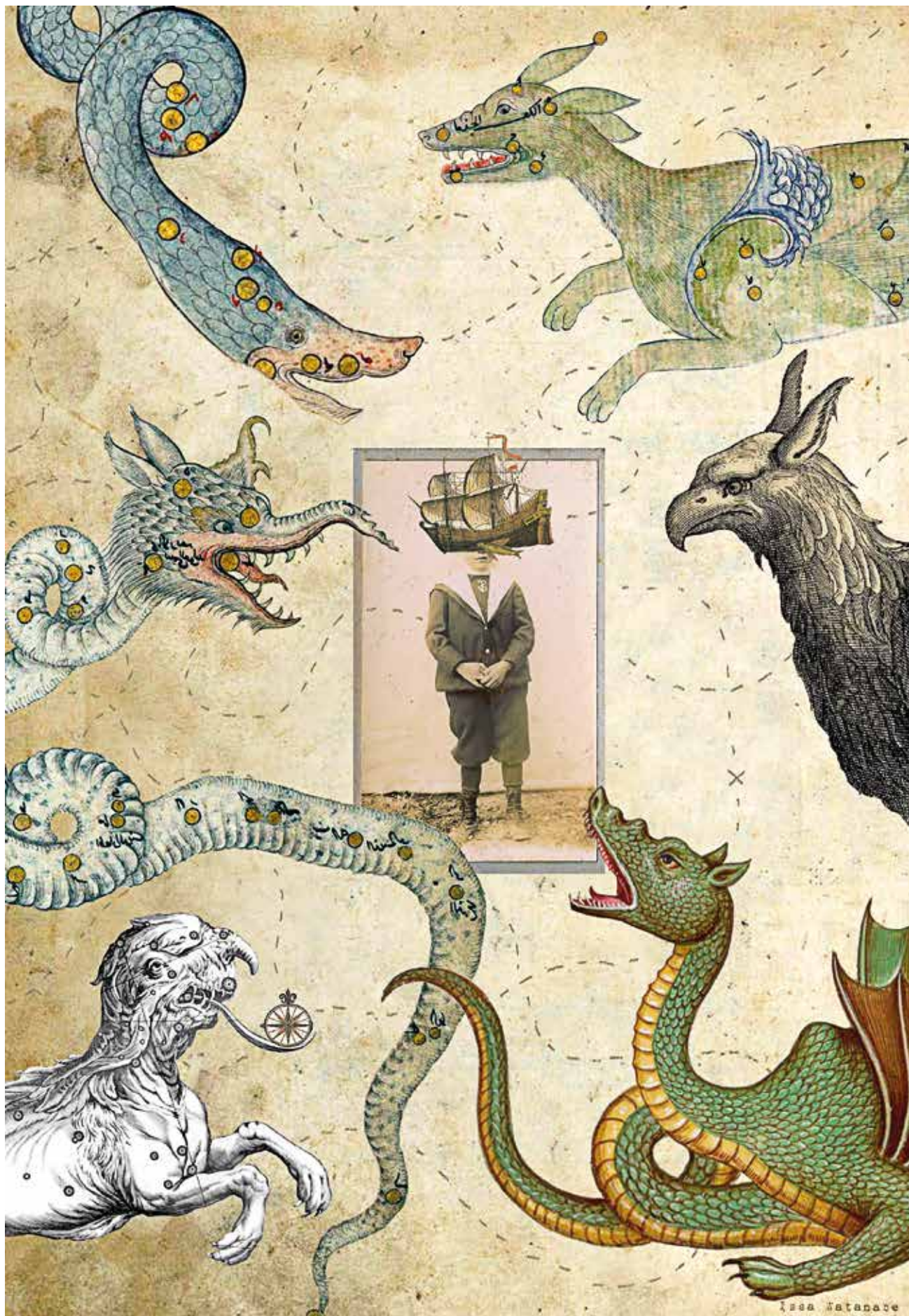
de 1865. Spielberg no busca la polémica, pero es contundente ilustrando el discurso enérgico del mártir del abolicionismo, que en unos días será asesinado.

La noche del 14 de abril de 1865 John Wilkes Booth, un actor fanático del esclavismo asesinó al presidente. Spielberg ve a través de los ojos de un niño de doce años Thomas Tad Lincoln, la muerte de su padre. La sensación de pánico y terror que pareciera transmitirse a las ilusiones de todo un país. Tad morirá muy joven en 1871, en realidad nunca creció. Este intimismo de un director cuajado deja atrás a la visión romántica y apasionada de la guerra civil en un mundo injusto. Lincoln de Steven Spielberg ha abandonado el punto de vista de la guerra de los bandos y ha optado por la reconciliación nacional en la hora actual. Para ello está el recuerdo íntimo, útil de Abraham Lincoln. Un americano austero, de origen popular e insobornable en sus aspiraciones. Eso tam-

bién es una lección histórica, y un logro más en el experimentado director.

Con este filme no se abren heridas pero se esclarece la imagen de Abraham Lincoln, como un antiesclavista de profundas convicciones, que no cede en su decisión final de acabar con la esclavitud a pesar del drama personal de ver, y saber que muchos miles de hombres fallecían en ambos lados. Este es el Lincoln igualitario al que en noviembre de 1864 Karl Marx dirigió una carta apoyándolo por emancipar a los esclavos.

Es el «Lincoln» de la hora actual de los Estados Unidos con un presidente afro americano, Barack Obama, que gobierna en un país cada vez menos conservador por las demandas de sus minorías étnicas y que sufre la violencia aterradora de la venta de armas. El *Lincoln* de Steven Spielberg señala los retos gigantescos que tiene por delante del país del norte.



Aquí yacen dragones

Fernando León de Aranoa

Cineasta y escritor español

Los dragones del título yacen desde hace siglos en los mapas incompletos de la antigüedad, en los que el mundo terminaba allí donde lo hacía el conocimiento. Señalaban en ellos la cautela de los navegantes, el lugar donde daban la vuelta ante el riesgo de agotar la provisión de agua o, peor aún, de que sus naves cayeran por el abismo aterrador que esconden sus últimos pliegues.

Aquí yacen dragones. Una leyenda que, acompañada de monstruosas serpientes aladas, advertía de la presencia, a partir de ese punto, de peligros desconocidos. Un Cuidado con el perro pavoroso, un aviso a navegantes con el que los cartógrafos medievales perseguían disuadir a potenciales exploradores: No sigan por ahí, de hacerlo encontrarán quizá el horror y la muerte. Donde termina el conocimiento, empieza la imaginación.

Este libro comienza donde los navegantes daban la vuelta, guiados por la cautela. Desprecia las advertencias y los límites, y se adentra con decisión en los espacios inexplorados de la fantasía: la oscuridad bajo la cama de un niño, una puerta entornada al final del pasillo luminoso de nuestra adolescencia, o el último pliegue de la falda de Andrea.

La escritura de este libro ha sido una escritura adúltera, practicada a espaldas de la escritura cinematográfica. Contiene historias e ideas que he ido acumulando a lo largo de los años en las pausas de los rodajes, en las salas de espera de la posproducción, en aviones y estaciones de tren. Escritura desentendida así de presupuesto y de plan de rodaje. Escritura libre, si eso existe; al menos de cárceles ajenas.

Hacer películas es una carrera de fondo. Los que las hacemos sabemos que tenemos que dosificar nuestro esfuerzo si queremos alcanzar la meta. Los cuentos te dan sin embargo la posibilidad de crear al *sprint*. Nacen por combustión y arden luego cegadores como luminarias, como el *flash* de magnesio de los fotógrafos de antes.

Un hombre al que los cirujanos encuentran dos corazones dentro del pecho, un cementerio donde solo pueden ser enterrados boxeadores, un suicidio cometido en defensa propia o la extraordinaria historia del hombre que asistió afligido a su propio entierro. Ciento trece piezas nacidas en la frontera entre la realidad y la fantasía, que se sirven de la imaginación para explicar las corrientes profundas de nuestro comportamiento. Aquí yacen dragones es un homenaje a la ficción, a la capacidad de inventar. Una invitación a imaginar, a temer, a desear.

Ilustraciones de Issa Watanabe

Nuevo Abecedario Manual y demostrativo. Para enseñar a Abalar a los Mudos, y ablar con los Sordos Estilo Palaciego Silencioso, y de ingenio, es distinto del antiguo y tiene la comodidad de formarse delante el pecho con que no lecran d'atras ni del lado lo que se abla. Para acó la y fota se mene para el pulgar, y el minique para la çeda. Estos son las doce primeras letras, y en la segunda ban las otras doce. Tambien el numero ba



Epidemia

Se decía en los cafés, en las plazas, en los mercados: las palabras están muriendo.

Murió Eucalipto, murió Colectivo, murió Paraguas, tan querida por todos. Murió Curioso y murió Rebelión. Murió Ditirambo, pero a pocos importó, porque pocos la conocían. Agonía tuvo una muerte coherente, larga y dolorosa. Al entierro de Pan acudieron millones en masa.

Caían por docenas, contagiadas.

Alarmadas, las autoridades racionaron las palabras. Cada ciudadano podrá utilizar treinta al mes, se dijo. Se persiguieron las perífrasis y los circunloquios, se declararon proscritos los rodeos: el lenguaje se volvió exacto, los oradores cirujanos. Los políticos redujeron sus falsas promesas y los torturadores sus amenazas. Los locuaces fueron encarcelados y puestos a disposición de los jueces en vistas que nunca más volvieron a ser orales. Incomunicaron a los charlatanes y los mudos se erigieron al fin en modelos sociales, pero lo celebraron en silencio.

Y pronto surgió el estraperlo. Palabras como Ubicuo, Versatilidad o Yuxtapuesto figuraban entre las más codiciadas. Se pusieron de moda las medias palabras. Los enamorados aprendieron a decírselo todo con la mirada, los amantes con las manos.

Lingüistas, académicos y semiólogos trataron de explicar el origen de la epidemia, pero no encontraron las palabras. Las autoridades pusieron protección a algunas de ellas en virtud de su relevancia: Democracia, Quiniela y Sistema Financiero serían escoltadas en todo momento desde sus domicilios hasta las frases donde a diario se ocupan.

Y el lenguaje se llenó de ausencias. Los diccionarios se convirtieron en cementerios, morgues de papel alfabéticamente ordenadas, necrológicas encuadernadas de la A a la Z.

En secreto, los enamorados guardaron diez, doce palabras, para decírselas en el momento exacto.

También los poetas hicieron provisión. En un sótano húmedo, sin ventanas, amontonaron trescientas palabras. Se sabe que entre ellas estaba Mañana, estaba Mantel, estaba Esperanza. Y se sabe también que, apostados sobre ellas con sus rifles, se aprestaron a defenderlas con la vida.

LAS UNIVERSIDADES DE TERCERA GENERACIÓN Y LOS RETOS PARA LAS UNIVERSIDADES PERUANAS

Fernando Villarán

Ingeniero y economista

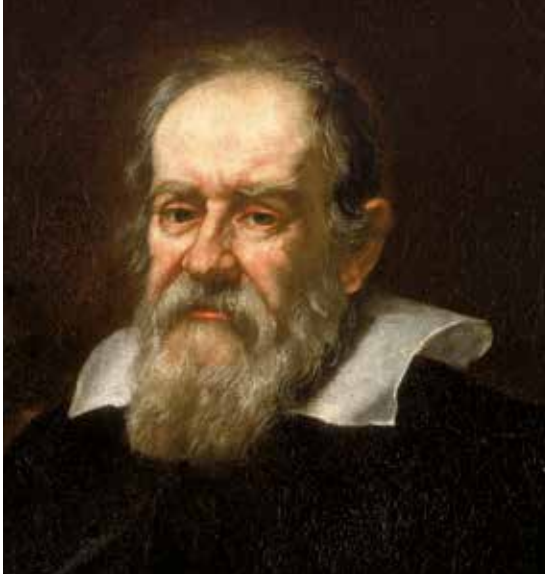
Universidades y desarrollo en occidente

Las universidades han liderado y moldeado el desarrollo de la humanidad desde que empezaron a funcionar en plena edad media, en Europa. La Universidad de Bolonia, la primera del mundo occidental, y la Universidad de Módena, fundada unos años más tarde, ambas en el siglo XI, precedieron el renacimiento italiano y tuvieron un papel decisivo en su irradiación.

Entre los siglos XII y XIV se fundaron las universidades de Oxford y Cambridge así como las Universidades de París, Viena, Heidelberg y Pisa, que dieron sustento a los pensadores, investigadores y profesores que luego serían responsables de la revolución científica que ocurrió entre los siglos XV y XVII. Me refiero a Galileo Galilei, Issac Newton, Rene Descartes, Francis Bacon, Johanes Kepler, entre sus principales exponentes. Estos personajes, junto con los centros de estudios mencionados, y las universidades de Glasgow (siglo XV) y de Manchester (Siglo XVIII),

sentaron las bases de lo que se conoce como modernidad: la revolución industrial inglesa de fines del siglo XVIII. Las máquinas, las fábricas, las formas de organización de la industria, se expandieron por el mundo de la mano con las ciencias, las teorías, los principios y las tecnologías que se enseñaban en sus aulas. Inglaterra, Francia y Alemania, países en los que estaban estas universidades, se convirtieron en las potencias económicas y políticas líderes durante todo el siglo XIX y buena parte del XX, no sin dejar de tener sangrientos conflictos entre ellas.

Cuando el péndulo del poder económico y político cruza el atlántico y se traslada a Estados Unidos, nuevamente se constata el importante rol de sus universidades: Harvard y Yale, creadas en el siglo XVII; Princeton, Columbia, Pennsylvania, Georgetown y Brown, todas creadas en el siglo XVIII; Nueva York, Stanford, Chicago, Massachusetts Institute of Technology (MIT), Michigan, Berkeley, Maryland y Detroit, creadas en



el siglo XIX. Las dos revoluciones tecn-económicas¹ que se han generado en este país, (i) el surgimiento del automóvil y la producción en masa a principios del siglo XX, y (ii) la computadora personal (PC) y las tecnologías de la información y las comunicaciones (TICS), en la década de los setenta, tuvieron como protagonistas centrales a estas universidades. La bomba atómica, el arma que decidió la segunda guerra mundial y marcó a la guerra fría,

¹ Siguiendo las teorías de Carlota Perez, expuestas en «Technological Revolutions and Techno-Economic Paradigms», The Othe Canon Foundation, 2009.

fue desarrollada en estas mismas universidades, en estrecha colaboración con las fuerzas armadas norteamericanas y sus centros secretos de investigación (como el de Los Alamos en Nuevo México).

El hecho de que Estados Unidos, a pesar de sus graves problemas y de la reciente crisis financiera, se mantenga como primera potencia mundial tiene mucho que ver con la calidad de sus universidades, consideradas entre las mejores del mundo (de acuerdo a todos los rankings conocidos). Por ello, los países aspirantes a ocupar ese lugar en el mundo, la China y la India, fortalecen y mejoran sostenidamente sus universidades, e invierten mucho en investigación y desarrollo (I+D), como condición indispensable para convertir sus planes en realidad. Las universidades de Tsinghua, Pekin, Shanghai, Fudan y Nanjing en China, y los Institutos Tecnológicos de Bombay, Kanpur y Madras, el instituto de Ciencias de Bangalore y el Instituto de Investigación Tata, en la India, son centros de estudios de excelencia, que en algunos campos específicos del conocimiento ya aventajan a sus pares norteamericanos, y están en camino a superarlos en todas las carreras, o al menos, eso persiguen.

Es decir, de solo poner atención en los años de fundación de sus universidades, los lugares en donde se crearon y las zonas que influyeron, los investigadores y profesores que albergaron, en sus egresados, así como los recursos destinados a ellas y sus actividades de investigación, uno puede entender el ascenso (y descenso) de los países. De ahí que en la historia de la humanidad el progreso está asociado a una dinámica compleja entre la teoría y la práctica, entre la investigación y la experimentación, entre el ensayo y el error, en la

que las ideas preceden a la acción y a las transformaciones, revolucionarias o pausadas, de las sociedades.

Las tres generaciones de Universidades

El profesor Wissema, de la Universidad de Delft en Holanda, ha desarrollado una teoría para explicar la evolución de las universidades y su papel en el desarrollo económico y social. Según él existen tres tipos de universidades: (i) las de primera generación son universidades fundadas entre los siglos XI y XVII, dedicadas fundamentalmente a **enseñar**, a transmitir el conocimiento existente en ese momento en el mundo; (ii) las de segunda generación, que se pueden ubicar entre los siglos XIII y fines del XX, universidades que, además de la educación, realizan **investigación** básica y aplicada, creando nuevo conocimiento, expresado en documentos y patentes; (iii) las de tercera generación, que se inicia a fines del siglo XX y dura hasta ahora, son universidades **emprendedoras**, capaces de llevar esos conocimientos a la sociedad, a las empresas, y logran influir y transformar sus entornos.

Por cierto, las mejores universidades del mundo, van a acumulando los conocimientos y las prácticas necesarias para pasar de una generación a la siguiente sin abandonar la anterior, de manera que una universidad de tercera generación no solo logra hacer llegar sus conocimientos a la sociedad, sino que también educa e investiga con niveles de excelencia. Y no podía ser de otra manera, para innovar hay que crear nuevo conocimiento, y para crearlo hay que dominar todo, o buena parte, del conocimiento anterior.

Así, las universidades de tercera generación no solo forman profesionales,



investigadores y científicos, sino también emprendedores que son capaces de llevar los conocimientos al aparato productivo, a las empresas, y a la comunidad. Las universidades de tercera generación son multidisciplinarias, globales, usan el inglés como lengua universal, crean incubadoras de empresas, parques tecnológicos, fomentan los *start-ups* de sus egresados, investigadores y profesores, y tienen una gestión centralizada, moderna y profesional². Para estas universidades, la cooperación con las empresas y la sociedad es crucial; en este sentido son centros de estudios abiertos y atentos a las necesidades que se van generando en su entorno.

Esta teoría es relativamente nueva, y si bien tiene mucha acogida en el medio académico, es también controversial. No todos aceptan que las universidades se conviertan en emprendedoras, ni que

2.Ver «Towards future university integrating Entrepreneurship and Third Generation University», Aalto University, 2009.

salgan activamente a relacionarse con su entorno; algunas prefieren quedarse en la segunda generación, enseñando e investigando, encerrados en sus ambientes e instalaciones. Queda bastante claro que las universidades que asuman esta postura conservadora van a ser superadas por sus homólogas del país y del extranjero.

Los retos para las universidades peruanas

La realidad de las universidades peruanas es bastante diferente a la de las universidades que hemos presentado a lo largo de estas líneas. Para comenzar, solo unas cuantas de las universidades nacionales (contadas con los dedos de una mano) aparecen en los diversos rankings que sobre la calidad de la educación circulan en el mundo. La mayor parte de las universidades peruanas no figuran en ellos. Estamos hablando tanto de las universidades públicas como de las privadas de reciente creación.

No es nuestra intención calificar a estas universidades, ni mucho menos condenarlas a priori a vivir para siempre en la situación que se encuentran en estos momentos. Todas tienen la posibilidad de cambiar, de encaminarse en la senda de la calidad, de la excelencia y de la relevancia.

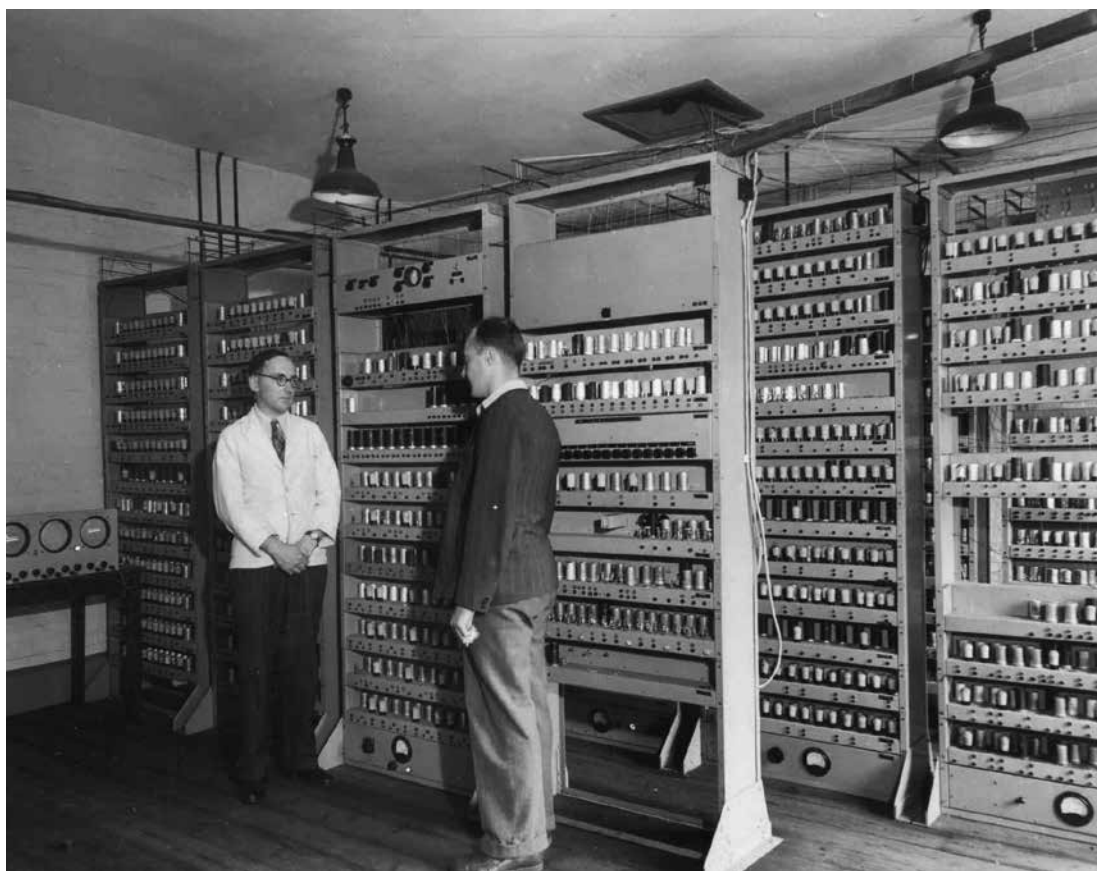
Para visualizar y ordenar los retos a que están enfrentándose, puede resultar útil el esquema de las tres generaciones:

¿Cumple la universidad las exigencias de la primera generación, es decir, la enseñanza de calidad? ¿Cuenta con los profesores de el nivel educativo óptimo y son capaces de manejar y transmitir los últimos conocimientos en los respectivos campos y carreras en las que se desempeñan? ¿Han sido formados en las mejores universidades del mundo, se van regularmente a especializar y poner al día en ellas? ¿Mantienen los profesores vínculos con las universidades de punta en sus respectivos campos? ¿Tienen los profesores y alumnos acceso a la información y los

medios educativos más recientes en sus respectivos campos? ¿Tienen los profesores los medios para transmitir esa información, motivar y educar a sus alumnos? ¿Tiene la universidad (ya sea pública o privada) una gobernanza que permita que sean los mejores profesores e investigadores los que lleguen a los puestos más altos y ejerzan el poder con sabiduría, evitando que grupos de poder lleguen por métodos populistas y se enquisten en el poder mediocrizando la universidad?

¿Cumple la universidad las exigencias de la segunda generación, es decir, la investigación de excelencia? ¿Tiene a los investigadores de alto nivel, realizando trabajos de investigación en campos relevantes? ¿Obtienen estos investigadores los resultados esperados, en términos de documentos aceptados por revistas indexadas, de patentes y modelos de utilidad otorgadas por las autoridades competentes? ¿Participan los alumnos en proyectos de investigación, y este trabajo es parte inte-

La primera computadora





gral de su formación? ¿Cuentan con los laboratorios y las instalaciones necesarias para garantizar el nivel de la investigación buscado? ¿Han construido alianzas y convenios de investigación con otras universidades y centros de investigación en el país y en el extranjero? ¿Han logrado fuentes de ingresos apropiadas para financiar sus investigaciones, incluso creando fuentes propias? ¿Se han creado los mecanismos de asignación de fondos, como los fondos concursables, para que los recursos les lleguen a los mejores investigadores con las mejores propuestas, evitando las preferencias y las argollas?

¿Cumple la universidad las exigencias de la tercera generación? ¿Ha logrado crear los mecanismos que permitan transformar los nuevos conocimientos en emprendimientos (ya sea nuevas empresas, proyectos sociales privados, servicios sociales públicos) para que tengan un efecto práctico en la sociedad? ¿Tiene incubado-

ras de empresas, promueve los *start-ups* de sus egresados, profesores e investigadores? ¿Está impulsando la creación de parques tecnológicos y científicos con empresas y otras instituciones de investigación? ¿Qué tipo de vínculos ha construido con las empresas, el Estado y la sociedad civil que pueden utilizar los nuevos conocimientos? ¿Realizan todos los alumnos prácticas en empresas e instituciones públicas y comunales en forma permanente y relevante? ¿Saben todos como elaborar planes de negocio, y han realizado simulaciones financieras y tecnológicas con ellos? ¿Organizan grupos multidisciplinarios entre sus alumnos, con los profesores e investigadores, y se vinculan con el aparato productivo y las necesidades de la sociedad (es decir, redes internas y externas)? ¿Tienen esquemas y modelos que permitan financiar estas actividades con los emprendimientos exitosos (que financien también los inevitables fracasos)?

La muerte de Vallejo en el testimonio de Juan Larrea

José Fernández de la Sota

Poeta y escritor español

Larrea sabía a comienzos de 1938 que Vallejo no estaba bien. En realidad, nunca había estado completamente bien desde que aterrizó en París con Julio Gálvez y el bolsillo vacío, pero nada podía hacer pensar que esta vez el final estaba cerca. No podían pensarlo Larrea, ni Georgette, ni el propio Vallejo, quien a pesar de su amable vecindad con la muerte siempre creyó (como dice Germán Espinosa en su ensayo *César muerto en las Galias*) que tendría una vida muy larga y que tendría un hijo y que regresaría al Perú.

Cuando el 13 de marzo le dijeron que César había sido ingresado en la clínica Arago, Larrea no pensaba ni remotamente que al cabo de poco más de un mes fallecería su amigo. Los médicos se mostraban incapaces de diagnosticar la enfermedad concreta del peruano. Pruebas radiológicas y análisis de esputos y de sangre no arrojaron ninguna información sobre su debilitamiento y su fatiga cada vez más

grande. Más que nunca convertido en espejo del retrato que le hizo años atrás Ciro Alegría: «magro, cetrino, casi hierático, un árbol deshojado».

El 29 de marzo le dictó a Georgette: «Cualquiera que sea la causa que tenga que defender ante Dios, más allá de la muerte, tengo un defensor: Dios». Y a un periodista que le solicitó una entrevista le dijo: «Véame después de mi muerte». Aquel poeta que en 1931 César González Ruano vio como un extraño cruce entre Beethoven y Juan Belmonte, se estaba simplemente consumiendo sin que nadie supiera explicar la causa. Demasiadas derrotas tal vez. Tantas como las que el ejército de la República venía acumulando en los últimos meses.

El 14 de abril, aniversario de la proclamación de la joven república española, César Vallejo agoniza, apenas habla, delira por momentos y llama varias veces a Larrea. Marguerite está allí, junto a Georgette, y lla-



César Vallejo en el bosque de Fontainebleau, París.

ma a su marido por teléfono, que al poco tiempo se presenta en la clínica y acompaña al moribundo hasta bien avanzada la noche. Es cuando César dice sus últimas palabras: «Me voy a España, me voy a España». Larrea abandona la habitación de madrugada, acongojado, seguro de que no volverá a ver vivo a su amigo.

Pero al día siguiente Vallejo aún está vivo. Larrea ha descansado malamente y a primera hora de la mañana está en la habitación de la clínica Arago, junto a Georgette Philippart y el cantante chileno Ángel Custodio Oyarzun. Ellos tres acompañan al poeta cuando a las nueve y veinte minutos de la mañana del 15 de abril de 1938, día de viernes Santo, muere por consunción, por cansancio, por guerra o por aburrimiento de estar vivo. Vallejo muere, escribe Juan Larrea, «sin aspaviento alguno, dignamente, con la misma dignidad con que había vivido».

Mientras César Vallejo moría, las tropas franquistas alcanzaban el Mediterráneo y partían en dos lo que quedaba de territorio republicano.

En el poema «Piedra negra sobre una piedra blanca» había escrito:

Me moriré en París con aguacero,
Un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París —y no me corro—
Talvez un jueves, como es hoy, de otoño.

Larrea, por supuesto, recordará mil veces este poema como prueba fehaciente de la poesía visionaria en la que cree. Nadie dice a pesar de esos versos (ni siquiera Larrea) que Vallejo creyese realmente que moriría en París (pensaba vivir mucho, ya lo dijo Germán Espinosa). Lo que Vallejo hizo en más de una ocasión fue contarle a Larrea sus sueños.

Pero la muerte, como suele ocurrir, no hizo la paz alrededor del cuerpo del di-

funto. Georgette no se llevaba bien con Juan Larrea ni, en general, con los amigos de Vallejo. Algunos la acusaban de inducirle al trostkismo, lo cual no dejaba de ser un disparate malintencionado, como se demostró. Pero el caso es que unos y otros tiran de su cadáver. Georgette acepta el entierro religioso propuesto por la embajada peruana, traicionando, según sus amigos, la memoria del cholo, que despreciaba a aquel Gobierno y que, supuestamente, no deseaba un entierro religioso. En medio de acusaciones y disputas fúnebres, Gonzalo More, uno de los mejores amigos de Vallejo, habla con Juan Larrea y entre los dos consiguen, con la ayuda de Louis Aragón y Jean Cassou a la intervención de la Association des Écrivains de la Maison de la Culture para que el poeta tenga un entierro civil.

Tristan Tzara, André Malraux, Louis Aragón, Nicolás Guillén y Juan Larrea acompañan el féretro del peruano en el cementerio de Montrouge, mientras cae una fina llovizna que, según Guillén, cala los huesos. «No poseo para expresar mi vida sino mi muerte», había escrito Vallejo.

Tras el entierro, cuenta Gonzalo More, Larrea y él se reunieron con Georgette en Montparnasse. «Llegamos a tal punto de desacuerdo —dice More— que era inútil volver a reunirse».

Cuando Larrea leyó los poemas de Vallejo inspirados por la Guerra Civil, afirmó que el poeta «había muerto en España». Pero no fue una dosis de España, sino seguramente un viejo paludismo mal curado (según se supo luego) el que arrancó prematuramente la vida a uno de los poetas más intensos que ha dado el Siglo XX y la literatura universal.

El 3 de abril de 1970 Georgette Vallejo hizo exhumar en el cementerio de Mon-

trouge los restos del poeta, que hizo «trasladar e inhumar en la concesión a perpetuidad del cementerio de Montparnasse».

Entonces los amigos de Vallejo (quienes aún conservaban la vida) entendieron que su viuda cumplía los deseos del difunto y, consecuentemente, efectuaron un nuevo funeral sin ruido. Hoy Vallejo descansa muy cerca de la tumba de Charles Baudelaire.



Las visiones de Vallejo

Pocos saben quizás que el poema de César Vallejo «Piedra negra sobre una piedra blanca» tuvo su origen en una patética visión que años atrás había tenido en la ciudad de Trujillo. Para ser más precisos en Mansiche, en la casa de campo de su amigo Antenor Orrego, donde solían reunirse por aquellos años los integrantes del Grupo Norte.

Antenor Orrego escribió una nota, que no he visto después reproducida en ninguna revista, en la que cuenta que Vallejo poseía unas extrañas facultades premonitórias y que en horas de confidencia el poeta le había confiado que asistía a escenas que no le habían ocurrido jamás, pero que tenía la sensación de recordarlas como si las hubiera vivido. Estas visiones lo llenaban de terror y que, en algún momento, Vallejo había creído estar volviéndose loco.

Orrego fue testigo presencial de uno de estos estados en los que Vallejo caía sumido. «Dormíamos ambos —relata— en el único dormitorio de la casa. Una noche desperteme sobresaltado a los gritos angustiados de mi huésped que me llamaba desde su lecho. Cuando abrí los ojos en la penumbra Vallejo estaba delante de mí temblando como un ahogado de la cabeza a los pies».

«Acabo de verme en París —me dijo— con gente desconocida y, a mi lado, una mujer también desconocida. Mejor dicho estaba muerto y he visto mi cadáver. He tenido la visión en plena vigilia y con caracteres tan animados como si fuera la realidad misma. Siento que voy a perder el juicio»

Varios años después, desde París, Vallejo le enviaba a Orrego el poema «Piedra negra sobre una piedra blanca»: «me moriré en París con aguacero / un día del cual tengo ya el recuerdo» Al margen le ponía unas líneas: «¿Recuerdas, Antenor, esa visión terrorífica que tuve una noche en tu casa y que me causó tan invencible pavor?». (AC)

Recuerdos de Jesús Urbano según Pablo Macera

LOS LOROS

Son de dos clases. Uno es el *yunca* loro que es de la selva y el otro es el *quechua* loro que es de las quebradas. Los *yunca* loro salen de la selva en agosto y setiembre. Igual que los hacendados que antes cobraban su cofradía a las comunidades y solo se aparecían una vez al año a cobrar sus animales porque el ganado de la comunidad había comido en sus haciendas. Así también los loros salen a cobrar a comer sin haber trabajado la cosecha, por eso también hay versos en el canto de los loros que dice que es hacendado por el daño que hace.

Lloran los comuneros al ver que el hacendado les quita su mejor carnero, el *yayan* que está respetado; de eso sacan cantos las comunidades y maldiciendo al hacendado lo comparan con el *yunca* loro. Por eso cuando nosotros los caminantes estábamos de viaje en una comunidad encontrábamos a la gente llorando. ¿Por qué lloran ustedes?, y nos decían que el mejor carnero el hacendado se lo había llevado y como no había ley el hacendado decía que se le debía por *yerbaje* y cada comunero tenía que darle nomás. Y el hacendado llegaba con su gente y se llevaba lo que quería. La gente le tenía miedo a los hacendados y a los sacerdotes; aunque no llegaba el hacendado armado con su gente pero de solo verlo la gente sabía que le

iban a quitar su ganado. El *varayoc* y el gobernador apoyaban al hacendado aunque ellos también eran indios y pobres como los comuneros. En aquella fecha la gente lloraba nomás pero después se levantaron algunos; escuché eso pero yo no le he visto, ya no era caminante. Por eso sacaban cantos maldiciendo al hacendado. «Maldito hacendado, loro maldito» –dicen en quechua–, y le dicen, discúlpenme: «lo que tragas que pase rápido como un pato y se convierta en *caca*»; y de eso sacaban cantos. Hay también cantos muy tristes. Igualito nosotros maldecíamos al loro cuando se comía la *mishca sana* o el molle también porque se comía hasta las flores y ya no daba fruto.

Los *quechua* loro viven en el barranco, en los huecos, buscan sus sitios, así nomás no. Ellos comen todo el año y no son muchos loros, son pocos loros y por eso tampoco eran muy dañinos aunque también los botaban y mataban los *quechuarunas*. Se descolgaban con soga por el barranco, hincaban los huecos y luego metían los loros en un costal para después matarlos. Los grandes los mataban y los chicos los llevaban para venderlos. Las plumas las guardaban para disfraces de *chunchos*, sobre todo en la fiesta del 3 de mayo.

En los loros era conocido el *padrillo*



Joven con Loro. Piedra de Huamanga

porque todos los animales tienen su rey, su jefe. Las abejas por ejemplo tienen su reina, así también la vicuña tiene su *caino*, el más tremendo que manda a todos.

Ellos andan por batallón. La vicuña macho por un lado y las hembras por otro lado siguiéndolo que él está viendo para todos lados si viene algo malo. Bien organizadas son las vicuñas. Y si se mezclan

sus bandas, entre los *cainos* tienen que luchar duro para separar. Así también el loro macho tiene su mandón, su *varayoc* como guiador de los demás y el que vuela primero es el loro mayor y si a este se le coge los loros se aturden y dan vueltas y ya no tienen cómo entrar a las *chacras* y gritan llorando, buscando a su jefe. A este loro cuando se le coge le clavan las alas como

a un crucifijo en las puertas de las casas y se le muestra al sol. Igualito hacen los gavilanes malditos porque los gavilanes no dejan ni los chanchitos ni pollitos que crían los *quechuarunas*; en eso el gavilán no sé como mirará y como cohete se lanza de arriba y chapa al pollito y se lo lleva. El loro y el gavilán gritan así amarrados y algunos aguantan como tres días igual que Cristo. De qué tiempo habrán sido estas costumbres; no sé. Daba pena pero también era para que tuviesen miedo los otros y se espantaran y no viniesen a agarrar los pollitos ni el maíz. Los loros cuando veían a su jefe así amarrado en la estaca, en la cruz, de arriba gritaban y después salían corriendo y desaparecían.

La *mishca sara* antojo de la gente; hasta el ganado quiere entrar porque lo ve verdear mientras el resto todo está seco. Los pajaritos mismos dan vueltas porque saborean el olor aunque no pueden picotear nada pero están allí. Para que no lo malogren hasta por gusto, nos sentábamos en las noches, teníamos que poner un *machachico* igual que el hombre, un muñeco con sombrero viejo y su camisa y su saco para espantar. Al verlo, los animales se corren y se vuelan porque parece que es gente que está ahí moviendo los brazos.

Según conforme el señor Melchor Huamán, en esos tiempos, en 1910, hubo una hambruna en el pueblo de Cocharcas y entonces *Mama Cocharcas* les dio permiso a los *chirisuyos* para que fueran de pueblo en pueblo vendiendo un pareja de loritos y la gente la compraba y daba a cambio comida, alimentos, maíz. Los *quechuarunas* compraron porque eran loros de Mama Cocharcas y creyeron también que iban a hablar pero sus loritos nunca hablaron porque es raro que aprendan.

Con el tiempo los loros se cansaron de estar con la gente, con los *quechuarunas*; no les gustaba estar en la casa y se escaparon volando a los barrancos y allí se multiplicaron y formaron sus manadas.

El *yunga loro* es el soldado del *Huatapuño* así como el cóndor es el soldado del *Taita Orcco*. Los loros son encanto, también reflejan al sol; por eso cuando están volando no se les puede mirar porque el sol cae encima de sus plumas y ciega el ojo.

Hay también el *opa loro* que es el loro que no habla o loro zonzo.

También lo llamamos *jomercaña* (capa verde) y este nombre también le decimos a los soldados porque igual que el loro están vestidos de verde; y también les decimos cara de palo.

Jale loro, Moujochuño es el loro de pico bien curvado como cóndor.

A estos loros hay que tratarlos con cuidado porque el sol cuida de ellos y no se les puede hacer daño así nomás, estos loros entienden cuando se les tiene mala voluntad, o cuando hay algún peligro y mueren de susto.

El *guacamayo* es diferente al loro, no hay que confundir. El *guacamayo* es el guardián del agua. Por las lomas anda vigilando. En las siembras de octubre y noviembre cuando repartimos el agua, allí está el *guacamayo* como encargado que de lejos viene a visitar y mirar las acequias. Como es encanto dicen que posiblemente tiene su conversación con los cóndores porque algo también tienen que hablarse el *Orcco* con los ríos grandes de la selva.

El *guacamayo* como tomero, como jefe de las aguas tiene que dar razón. Así cuando hay sequías no sólo tenemos que hablarle al *Orcco* sino también al *guacamayo*.

DOS TOROS

Me pasaron muchas cosas, unas tras otras seguidas mejor no hablar, pero la última que me decidió a salir de Huanta fue que había una granja agropecuaria. Tenían unos toros grandazos, de cuernos picados, que los amarraban por la nariz con sus cadenas. Mi papá estaba encargado de cuidarlos pero un día había ido él a trabajar su cerámica y uno de estos toros se había soltado y entró al corral de otro toro que estaba amarrado y empezó a cornearlo. El toro amarrado no podía defenderse. Mi mamá estaba lavando y yo la ayudaba, cuando de pronto sentimos un temblor de tierra y bramaba el toro, se quejaba. «Corre a ver» dijo mi mamá. Cuando llegué adentro, el toro amarrado estaba casi muerto porque el otro le había metido el cacho por la panza y le había salido las tripas *chunchulín*. Yo grité, grité. Agarré piedras y empecé a tirarlas contra el techo que era de calamina y gritaba como un loco hasta que yo no sé por qué el toro suelto ya de cansado se fue. Entré al corral donde estaba el toro herido, medio muerto y al ver su sangre y tripas y tri-

pas me desmayé, caí al suelo, no sé cuanto tiempo estuve allí. En la noche cuando mi papá regresó a la casa quería avisarle pero yo estaba como un *opa* porque no podía ni hablar, solo tartamudeaba y mi papá ni me entendió. Eso ya fue el final para mí, porque a los dos días me escapé de la casa y me fui a Huamanga.

Ahora le diré que si pienso bien hubo algo raro que me asustó en esos dos toros porque cuando vi al toro amarrado que no podía defenderse y al otro grandazo que lo sangraba y le metía cornadas sentía como si yo era el toro amarrado y el otro era mi padre, ése iba a ser mi destino si me quedaba en Huanta.

El toro amarrado era como yo, igualito me parecía, allí sin poder hacer nada y el toro suelto era mi padre que en paz descansase. Si me quedaba en la chacra así podía pasarme. Bueno era mi padre pero tenía sus ideas y había sufrido mucho trabajando. Por eso sobre todo me fui, de miedo que eso fuera verdad. A mi mamá algo le conté, ella lloraba, despacio. «anda nomás hijo, vete, hazte hombre». En la noche calladito me escondí y antes de la madrugada salí para Huamanga; todo lo demás ya sabe usted.



LOS TALISMANES DEL HUMOR

Juan Manuel Roca

Poeta y ensayista colombiano

Vamos a ir, así como lo pedía Jack el Destripador y como ya se ha hecho una expresión popular, por partes. Lo primero es recordar que la palabra talismán señala algunos objetos a los que se les asignan virtudes portentosas, entre ellas las de acompañar de buena suerte al poseedor del objeto.

Dentro de la literatura, como ocurre con todo lo que es refractario a la solemnidad y a la chatura del mundo, el humor resulta una suerte de talismán, una especie de trinchera para soportar los embates de la oscura y circundante realidad del mundo.

Entre tantas vertientes como tiene el humor literario, ese escudo que nos legó, por ejemplo, el malicioso Miguel de Cervantes, ese espejo que nos ayuda a reír de nuestra propia desgracia a pesar de un caballero tan trascendente como don Quijote de la Mancha; entre tantas visiones del humor literario como la hiriente y escatológica de François Rabelais, un libelista que hace del grotesco un carnaval de espejos deformes a través de sus aplastantes personajes de Gargantúa y Pantagruel, hay un humorismo de estirpe cruel y disolvente: el humor negro que ha acompañado a muchos notables escritores de los tres últimos siglos.

Me centraré en algunos de ellos. El humor negro es una poderosa herramienta para defenderse de la medianía, de la mediocridad y de los aires cómicos de grandeza que han acompañado a los hombres desde el período glaciario hasta la época del calentamiento global.

El humor negro es siempre la vuelta de tuerca de la realidad, la mirada feroz del que no se conforma con lo ya visto. Ese placer humorístico es llamado por André Breton «el único comercio intelectual de gran lujo que nos queda».

En ese comercio uno de los tiros al blanco preferidos es el de la solemnidad poética. Cuando Alfonso Reyes dice que hasta los perros sienten la necesidad de ladrarle a la luna llena, pero eso no es poesía, crea una contra-heráldica, nos permite reír inclusive de algo tan sacralizado y frío como la luna de algunos románticos. Esa frase del escritor mexicano puede convertirse en un talismán contra los temas preconcebidamente poéticos y en prevención de las palabras de esa misma naturaleza.

Hay en la tienda del humor negro talismanes para todos, engastados en oro o en cobre, en engañosa y humilde hojalata, envueltos en sedas o en trapos olvidados y andrajosos.



Ilustración de Gustave Doré

En el blanco tenderete de Alfred Jarry, por ejemplo, podemos recibir un talismán contra los poderes establecidos y la seguridad que emanan los grandes dignatarios.

Su patafísica «es la ciencia de las soluciones imaginarias y las leyes que regulan las excepciones, una revuelta anti-cartesiana», «esa aceptación sin vergüenza de nuestro lado grotesco».

Ese talante-talismán fue aprehendido por unos contemporáneos a destiempo de Jarry, por un clan de activistas del absurdo que dio en el clavo cuando fundaron el Colegio de Patafísica, un recinto ácrata que entregaba títulos estrafalarios —desde su fundación en 1950— a los que ingresaban en aquella cátedra de anti-academia.

El Colegio de Patafísica, en el que tuvieron cabida escritores como Eugenio Ionesco, Boris Vian, Jean Genet, Max Ernst, Italo Calvino, Raymond Quenau, Georges Perec y Jacques Prevert, entre otros buenos ejemplares de la raza de Jarry, abrió al pensamiento libertario una posibilidad de hacer zumbiar la mosca en la nariz aguileña del orador.

Boris Vian, el extraordinario escritor del «El amor es ciego», se recibió allí con el título de Sátrapa. Era, de nuevo, una mirada carnavalesca de algo tan hueco y engolado a la vez como la Academia, como esa institución inamovible a la que llevó su severo informe un simio, en una memorable obra de Kafka.

Con Ugo Fóscolo los patafísicos podrían decir que la seriedad siempre ha sido amiga de los impostores. De aquellos sobre los que prevenía Baudelaire en su espléndido texto sobre «La Esencia de la risa y en general de lo cómico en las artes plásticas», a quienes llamaba «ciertos profesores llenos de seriedad, charlatanes de la gravedad, pedantescos cadáveres salidos de los fríos hipogeos de los Institutos y aparecidos entre los vivos, como ciertos fantasmas avaros, para sacar algunos céntimos en complacientes mediaciones».

El objeto que nos entrega Baudelaire a propósito de lo caricaturesco y de la risa, no es una medalla, un camafeo, una pata de conejo para la buena suerte, es un verdadero talismán para cruzar entre los dogmas de cada día. Por eso los llamados sabios, los que supuestamente ni ríen ni lloran sino que entienden, y que en palabras del mismo Baudelaire poseen «el formulario divino», «se detienen al borde de la risa como al borde de la tentación».

Resulta de nuevo de gran comicidad ver el talismán de una mosca posada en la nariz de un orador.

En la alacena de los grandes talismanes, al lado del que nos regaló hace una buena lonja de años el señor Baudelaire, podríamos guardar para la memoria y para seguir defendiéndonos de la solemnidad el aserto de Ambrose Bierce sobre el muermo académico.

Solía decir el gran diccionarista del diablo que la academia es originalmente «una enramada en la que los filósofos buscaban un sentido en la naturaleza; ahora es la escuela en la que los imbéciles buscan un significado en la filosofía».

Desalojada del aula, la risa se refugia en su carácter subversor no pocas veces y acude, como quien va al médico, al humor. Frente a la fatuidad profesoral siempre es

bueno recordar que un fantasma recorre el mundo: la febril y transgresora ironía.

El verdadero humor produce no pocas veces muecas de desafecto porque corroe las poses de la estatuaria, la aspiración divina y por lo tanto cómica del hombre.

El humor negro es el anarquista de los humores, algo o alguien que no admite sobre sí ningún gobierno. Por eso casi siempre entra en combustión con los grandes ademanes religiosos, morales, legalistas, patrióticos, estatales.

Habría que recordar a Franz Kafka y las extraordinarias parábolas sobre estos tópicos tratados con un humor lacerante y universal. El auténtico humor es *lingua franca*, idioma rearmado por todos los hombres y es lo que hace que los rusos vean a don Quijote como suyo y que Chaplin sea un paria de todos los países y que nunca podrá ser, la expresión es del anarquista Herbert Read, «un jarabe sedativo».

Cualquier hombre, de cualquier lugar, puede contar con tan eternos talismanes.

Muy seguramente habremos de recordar a cada tanto lo señalado por Giancarlo Stagnaro sobre ese sentido de lo cómico que pasa como otro fantasma por el telón de fondo de la gran tragedia humana. Para este, creo que como para Walter Benjamin «la risa y el aleteo son parientes». Afirma, palabras más y sobre todo palabras menos, que «la desmitificación del arte –de la literatura en particular– y la entrega total a los poderes de la imaginación y la voluntad lúdica son los indestructibles baluartes de la patafísica».

Cuando Alfred Jarry traza la cinegética del ómnibus y lo ve como un gran paquidermo «en el territorio parisino» cuya carne no resulta en absoluto comestible, un gran monstruo muy de la estirpe de las bestias de Lautréamont que se aparecen con el horror, no hace más que crear

una nueva heráldica de cuño surreal, un aparato para torcer cuellos de cisnes, para abandonar las alegorías de una zoología doméstica.

Los animales, que según Bergson no tienen comicidad sencillamente porque desconocen el sentido del ridículo, a no ser que a alguien le resulten cómicos esos videos que hacen los aficionados en la pecera idiota de la televisión, han sido revisitados en la literatura, naturalmente sin su permiso. Y, por supuesto desde una cinegética, que es el arte feroz de la cacería.

Desde niños quisimos cazar tigres en las selvas de Emilio Salgari y ballenas blancas en los mares de Herman Melville. Fue bochornoso robar frutas en el mercado para tentar al ruiseñor de Keats que siguió sin cantar en nuestra rama. Los pulpos de Lautréamont hicieron su ballet de ausencias.

El pájaro pintado a la manera de Prevert pocas veces se posó en nuestra ventana. Nos cansamos de leer las horas en los ojos de los gatos chinos de Baudelaire. Al trote fuimos en el burro de Vallejo, de su burro peruano en el Perú. Sufrimos del albatros la lacerada angelidad de los poetas pero el tigre de Blake brilló en la selva del poema.

Fuimos a una cena en la mansión de los murciélagos del Popol Vuh.

Hasta las vulgares moscas de Machado posadas sobre cartas de amor movieron nuestra extraña simpatía. Las pulgas de John Donne fueron expertas en mezclarle la sangre a los amantes.

Hubo abejas que libaban en versos de Valery, más que en los nardos.

Los cocuyos de Tablada fueron la lámpara de los caminos. Las anguilas de Montale nadaron sin descanso de las aguas del



Prince Charming. Rene Magritte.

Báltico a nuestras playas de lino.

Celebramos los sapos de Whitman que coronan la obra de Dios, los córvidos de Poe, los caballos griegos que rumian hojas de laurel.

Todo fue emblemático y celebratorio: ofidios, equinos, batracios y quelonios. Pero el tigre no tuvo paz en la selva de nuestro apetito ni la ballena pudo viajar al Sur sin ser arponeada ni sufrimos el espanto del pulpo bajo las explosiones.

El gato chino detuvo el reloj de sus ojos por séptima vez. El burro peruano rodó desde un risco de los Andes. Los sapos dejarán de croar de amor cuando acabemos de secar todos los lagos ¿Y el tigre? El tigre se cansó de saltar de la palabra rama a la palabra ciervo. Aún así, seguimos festejando sus falsos poderes emblemáticos. Pero ninguna bestia celebra que ampliemos cada noche el reloj de arena del desierto.

El arte es el culto del error decía en una de sus agudas reflexiones Francis Picabia y luego seguía errando. Por eso podía decir, pastoreando dudas: «Los gatos que miran a los pájaros / tienen ojos que piensan / los pájaros que miran a los gatos / tienen ojos que dudan / los míos se cierran para meditar sobre los milagros».

En cada creador de humor negro hay un objetor de conciencia, alguien que no se resigna a mirar por el mismo lado del catalejo. Por eso no se explica muy bien por qué se ha ido perdiendo en la crítica social la posibilidad de usarlo como herramienta política.

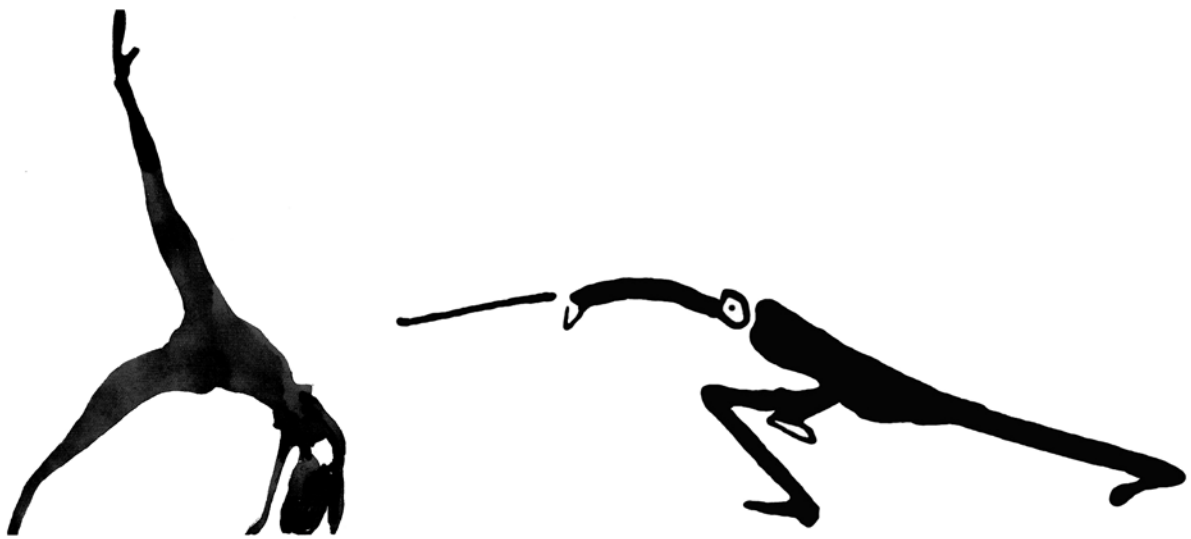
Quizá el hombre político, y entre ellos nuestros historiadores y sociólogos, teman al humor por no parecer evasores, porque la seriedad es la madre de las supuestas grandes verdades. Verdades como el nazismo o el estalinismo crecieron como la

verdolaga gracias a la cerrazón ideológica frente al humor. Los verdugos no ríen. Quienes acuden al expediente del humor negro en política, como lo hacen aún algunos de los anarquistas, son vistos desde la orilla desdeñosa de la academia como funámbulos, como artistas de la cuerda floja. Así, Jonathan Swift, el gran crítico de su sociedad y de su Estado, pudo pasar por las narices de algunos sin que notaran el acento político y virulento de su obra y su revuelta contra todo lo gregario. *Los viajes de Gulliver*, ese «malicioso libro político», según palabras de Ray Bradbury, habría sido blanco de persecuciones o, por lo menos, de diatribas. Swift, desde un talante ácrata de cuño individualista, solía decir: «siempre he detestado las naciones, profesiones o comunidades, y solo puedo amar a los individuos».

La obra toda de Swift es asaltada a ramalazos por el humor negro. En uno de sus tantas veces reproducidos «pensamientos sobre diversos temas morales y entretenidos», escribió esta sentencia social: «Quien camine por las calles verá, sin duda, las caras más alegres en los carruajes enlutados». Es como si la musa del humor portara en su mano calcárea más que un talismán una suerte de necrómetro, de reloj para medir las horas de los vivos y los muertos.

El veneno que se destila en las páginas del humor negro, qué bien lo trasvasó de la literatura universal a su acre perfumario André Breton cuando hizo su legendaria «Antología del humor negro», hay que saber utilizarlo de manera virtuosa, sobre todo cuando se practica una voraz autofagia, una burla de sí mismo, y dosificarlo como lo hacían las brujas de la Edad Media. El exceso de transgresiones puede acabar por atediar al lector, como ocurre con muchas páginas del Marqués de Sade.

Lichtenberg, que portaba en su espalda



Dibujos de Franz Kafka

una suerte de morral de carne pues era en su aspecto físico de la estirpe del jorobado de Notre Dame, decía alimentar su humor de su propia condición: «mi hipocondría, a decir verdad, es un talento especial que consiste en saber extraer de cada incidente de la vida, sea cual sea el nombre que lleve, la mayor cantidad de veneno para mi propio uso». He ahí al dueño de los venenos que los dispensa como quien reparte una ostia negra, un oscuro talismán.

El absurdo que nutre tanta gran literatura, lo saben desde Nicolai Gógol hasta Julio Torri, desde Albert Camus hasta Juan José Arreola, nos ayuda a fijar límites a la llamada realidad pero también nos ayuda a no ser de esta parroquia.

A propósito de universalidad, es bueno volver a Kafka y su pueblo de ratones. Y asistir al ridículo de Josefina la Cantora, una deplorable cantante que no obstante emitir una tanda de chillidos, resulta perdonable para un pueblo sufriente, para una masa humana acostumbrada a las malas noticias y a la muerte, para una gleba desdeñosa de su historia y engreída de su fuerza, para un conglomerado social unánime y gregario y a la vez lleno de una rara astucia para trampearse la vida, que siente como una rutina el encabalgamiento de desgracias y de amenazas permanentes. Me parece inevitable leer el relato kafia-

no y pensar de inmediato en Colombia, en la radiografía imaginaria y adelantada de este país.

La cosa va así: los conciertos de la desastrosa cantora, en medio de la miseria espiritual de su pueblo, resultan apenas unas pequeñas copas alegóricas para beber unos sorbos de paz. Cómo no pensar, me pregunto, de manera análoga en una realidad como la nuestra. Bastaría con cambiar el nombre de Josefina, la cantora, por el espantoso cantante que aglutina multitudes mientras iza en una bayoneta, como si fuera una bandera patriótica, una camisa negra como el presente.

Con escritores como Kafka (apellido que en checo quiere decir grajo o cuervo o pajarraco negro), un verdadero gigante de humor lacerante y universal, me parece que el sofisticado y a la vez sencillo argumento de Henri Bergson que señala al humor cambiante de cada parroquia, pierde por nocaut. Somos de muchas parroquias. Ya lo había dicho en términos geopolíticos Ambrose Bierce cuando definía en su diccionario del averno la palabra cañón: «Instrumento empleado en la rectificación de las fronteras nacionales».

Sin hipérbolos, creo que el humor rectificativo también las fronteras, es un instrumento para descreer de los nacionalismos, de las falsas geografías.

LIBROS LIBROS LIBROS

VALLEJO CASI COMPLETO

En su aspiración de dar una visión casi completa de su obra creadora, el Fondo Editorial de la Universidad de Ciencias y Humanidades ha publicado cinco volúmenes en los que reúne la poesía completa de César Vallejo, todo su teatro en dos tomos, su narrativa en un volumen donde pueden hallarse cuentos y novelas. También, en un quinto libro, bajo el título de *Poner de pie al 1*, César A. Ángeles Caballero aporta la compilación de quince visiones de diferentes autores sobre la obra del poeta, facilitando de este modo a lectores y críticos un material disperso en folletos, revistas y diarios, que rescata muchas veces del olvido o del desconocimiento. Incrementa así la amplia bibliografía que crece cada día en torno al autor de *Poemas humanos*. Señala Ángeles Caballero que ha obtenido los trabajos editados en reconocidas revistas literarias, pero también, en otras ocasiones, en medios más modestos, folletería que, en el mejor de los casos, solo llega a pequeños sectores cuando no se pierde.

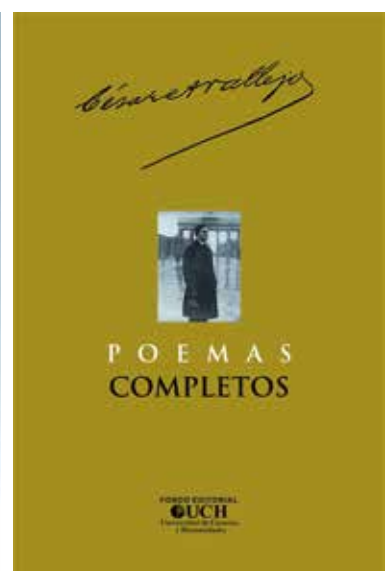
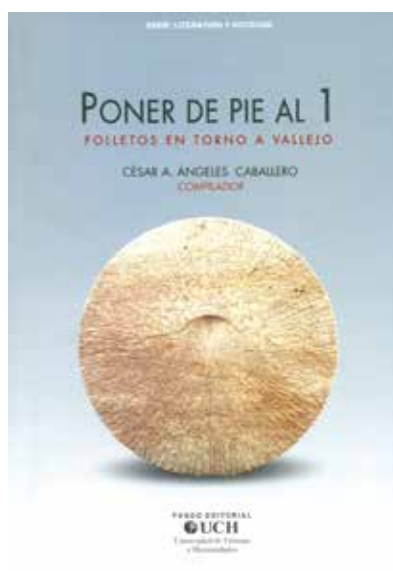
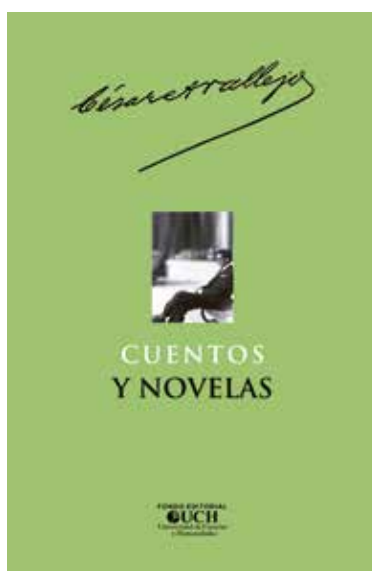
Reconoce también la Universidad que los tomos de teatro han tenido como fuente la edición de Ricardo Silva Santisteban y Cecilia Moreano, por ser los más confiables y completos, fruto de investigaciones y cotejos clarificadores. Por su parte, el tomo dedicado a

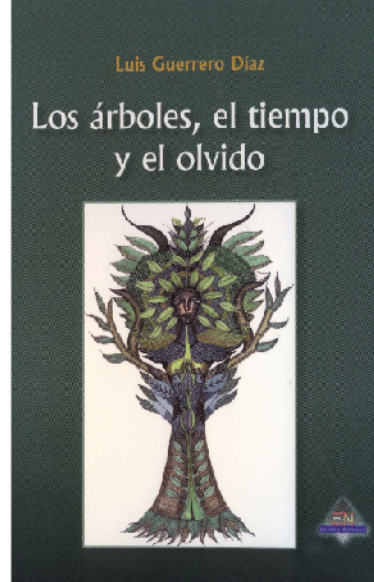
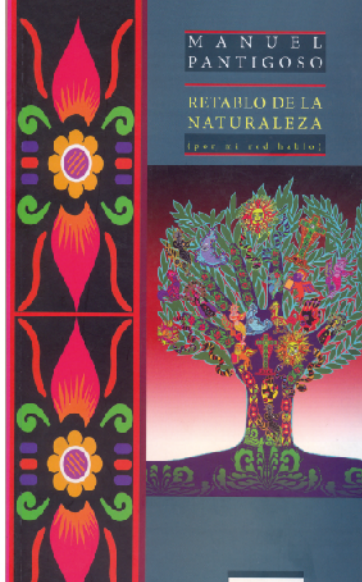
la poesía de Vallejo, es tributario del trabajo del poeta cubano Raúl Hernández Novás, que dirigió un estudio en el Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas, de 1973 a 1993, y del que resultó el libro *Poesías completas*, César Vallejo que coeditaron la Casa de las Américas y la editorial Arte y Literatura. La edición de la Universidad que reseñamos, tiene prólogo de Marco Martos y algunas anotaciones de Ricardo González Vigil. También se ha consultado *César Vallejo / Poesía completa*, publicado bajo el cuidado de Ricardo Silva Santisteban por la Universidad Católica, con textos primigenios y los definitivos de cada libro de Vallejo.

ANTOLOGÍA POÉTICA

Nueva antología de la obra poética de Antonio Cisneros que publicó, poco antes de su muerte, el Fondo de Cultura Económica. La selección y el prólogo estuvieron a cargo de Peter Elmore. Una bella edición de pasta dura, prolijamente cuidada y que puede encontrarse en las librerías del Fondo en el centro de Lima y Miraflores.

El penetrante estudio de Elmore y su apretada selección ofrecen una visión rica y rigurosa de la obra de uno de nuestros mejores poetas.





INFANCIA Y RETABLOS

Luis Guerrero Díaz es un poeta trujillano que viene destacando en las últimas promociones. Su libro *Los árboles, el tiempo y el olvido* aborda el tema de la infancia enraizada en la mejor tradición de la poesía peruana. Libro en el que el autor evoca el hogar, el terruño, su niñez aldeana. Poesía de tono elegiaco que nos devuelve a la vida familiar de nuestros primeros años mediante la palabra sencilla, telúrica y tierna, humedecida de la melancolía y la fresca mañanera del paisaje provinciano.

Quizás sea una de las ediciones más bellas y vistosas de la poesía peruana contemporánea: *Retablo de la naturaleza (por mi red hablo)*, libro de Manuel Pantigoso, cuya presentación gráfica y edición de Jesús Ruiz Durand le da un marco adecuado y merecido a la poesía del autor, poesía alegre, evocadora y lúdica, donde se conjugan las edades, los juegos de la escritura y de la niñez, el dibujo y las letras en sus vuelos y requiebros dentro de la página en blanco. (Daco).

LA PICADURA DEL ESCORPIÓN

Con un estilo original y muy ágil, Fernando Villarán analiza la crisis económica mundial que recorre el mundo y cuya sombra podría llegar al Perú si no se toman medidas inmediatas. El lector devorará sus páginas que combinan con claridad y agudeza la econo-

mía, la historia y la política contemporáneas. Pocos libros abordan con tanta sencillez el tema del poder, de los estrechos vínculos que existen entre las grandes empresas, los políticos y los funcionarios de los Gobiernos. Editorial Planeta. Lima, 2012

ONÁN ES ENANO

Este libro de Lorenzo Osores es una colección de textos breves e insólitos que con humor e irreverencia subvierten las buenas conciencias y ponen al descubierto los falsos valores de la sociedad. Para Niño de Guzmán el espíritu libre e inquieto del autor «asoma en estas prosas elegantes y rotundas, donde las frases se engarzan con una sensibilidad expresiva que, curiosamente, refuerza su poder transgresor». Lápix editores. Diciembre, 2012.

